

Lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- Irán : la dictadura del Sha... y del imperialismo
- Los convenios de Camp David : a falta de instaurar la paz , el imperialismo asegura su control sobre Medio Oriente
- Francia : la dimisión de las centrales sindicales frente a la ofensiva gubernamental, y la política de los revolucionarios
 - La inflación, la crisis económica y los planes gubernamentales : el ejemplo del «Plan Barre» en Francia
- La IV Internacional : una internacional por construir

mensual
trotskista

editado por

**lutte
ouvrière**

Octubre/1978

No

56

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

lutte ouvrière

THE SPARK

COMBAT OUVRIER
Mensuel communiste révolutionnaire (trotskiste)



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskiste

UNION AFRICAINE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTE INTERNATIONALISTE

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a
LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON
6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

primera clase :

Seis meses \$5

Un año \$10

Tercera clase : *raro*

Seis meses \$3

Un año \$6

Otros países, por avión

Seis meses \$10 (FF 50)

Un año \$20 (FF 100)

Por barco

Seis meses \$4 (FF 20)

Un año \$8 (FF 40)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,
Box 1047 DETROIT MI 48231 USA

ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un suplemento bisemanal en Martinica y Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

*Combat Ouvrier - B.P.-80
93300 AUBERVILLIERS*

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por : UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)
enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

- Página 2 Irán : La dictadura del Sha... y del imperialismo
- Página 10 Los convenios de Camp David: a falta de instaurar la paz, el imperialismo asegura su control sobre Medio Oriente
- Página 17 Francia : la dimisión de las centrales sindicales frente a la ofensiva gubernamental, y la política de los revolucionarios
- Página 25 La inflación, la crisis económica y los planes gubernamentales : el ejemplo del «plan Barre» en Francia
- Página 33 La IV Internacional : una internacional por construir

IRÁN : La dictadura del Sha... y del imperialismo

Como siempre ha ocurrido en Irán, fue mediante una verdadera matanza que el régimen del Sha ha podido encontrar una tregua en la crisis política que dura desde meses, y amenazaba vencer. La matanza del «viernes negro», el pasado día ocho de septiembre, cuando el ejército del Sha ametralló a la muchedumbre que manifestaba en Teherán y en otras ciudades del país, ha hecho miles de muertos, tal vez quizás unos diez mil. Ha dado fin, por lo menos provisionalmente, a las manifestaciones contra el régimen.

Por lo tanto, ¿está el régimen del Sha estabilizado para mucho tiempo? Nada todavía permite afirmarlo. Después de semanas, meses de represión sin piedad contra las manifestaciones populares, la multitud de los opositores no ha dejado de aumentar. En el terreno político, el régimen ha aparecido aislado, en el país, sin duda como nunca antes. Por fin, más que nunca, concentra contra él, el odio unánime de la población, separada de él por un abismo de sangre. La cuestión de la estabilidad del régimen está planteada, y es muy claro que su único apoyo, el único soporte sobre el cual se mantiene el régimen, es el ejército, un ejército poderoso y superequipado gracias a las subvenciones

y los suministros del imperialismo, y directamente encuadrada por decenas de miles de «consejeros» norteamericanos.

Las clases dirigentes iraníes, es decir en realidad la minoría de grandes burgueses y feudales corrompidos que han unido su destino al del Sha, están preocupadas. Pero no son las únicas. Están preocupados todos los dirigentes imperialistas. Puesto que Irán tiene para ellos una importancia excepcional: en el terreno económico ya que es uno de los principales proveedores de petróleo de los países industrializados; y en el terreno estratégico, ya que en la frontera sur de U. R. S. S., Irán es una base militar particularmente importante para Estados Unidos.

He aquí por qué, uno tras otro, los dirigentes del mundo entero se conmovieron y se preocuparon de la estabilidad del régimen: es el caso de los dirigentes de Estados Unidos a los cuales se unieron, además, de manera espectacular sus aliados los dirigentes de Arabia Saudita, los dirigentes chinos que en plena crisis política han apoyado con su visita en el país, al régimen iraní. Los dirigentes de Francia y de los demás países europeos, aunque hayan guardado silencio, se abstuvieron sin embargo de condenar un régimen

con el cual entretienen prósperas relaciones comerciales. Pero incluso Unión Soviética que en realidad observa un «statu quo» con el régimen del Sha se abstuvo de toda protesta contra las matanzas de Teherán.

Así, aunque no tenga el menor apoyo de la población iraní, no le falta apoyos exteriores particularmente de la parte del imperialismo. Y esto no tiene nada de raro ya que el régimen iraní es una creación casi pura y simple de este mismo.

LA DICTADURA DEL SHA... Y DEL IMPERIALISMO

La dictadura del Sha echa sus raíces en el pasado medieval de Irán, o más bien de Persia, ya que el país lleva el nombre de Irán sólo desde 1935. El moderno imperialismo norteamericano se apoya así en una dictadura que se reclama nada menos que de la tradición de los monarcas absolutos del Imperio persa.

Desde 1906, sin embargo, Irán dispone de una constitución que establece en principio una monarquía constitucional, garantizando las libertades políticas. Pero esta constitución, siempre vigente, casi nunca ha sido aplicada, sino para dar lugar a simulacros de elecciones en las cuales sólo se presentan partidarios del régimen. El único cambio político durable que Irán haya conocido, ha sido en 1925 el cambio de dinastía... En esta fecha un oficial de caballería, Reza Khan, disponiendo del apoyo de Gran Bretaña, derrocó a la antigua dinastía, la de los reyes Kajar, que reinaba desde 1796, para que lo coronaran rey en su lugar bajo el nombre de Reza Khan Palevi. En 1941, bajo la doble presión de Unión Soviética y de Inglaterra que

lo juzgaban demasiado pro alemán, Reza Khan cedió el trono a su hijo Mohamed Reza que todavía sigue ocupandolo hoy en día.

En medio siglo de reino, el principal esfuerzo de la nueva dinastía de los Palevi ha sido consagrado al fortalecimiento y a la modernización del Estado autocrático. Éste, a principios de siglo, estaba debilitado a la vez de por las prerrogativas que guardaban los feudales y por las concesiones otorgadas al imperialismo ruso y británico. Reza Khan, al apoyarse sobre el ejército, impuso a los feudales la autoridad centralizada del Estado, y negoció la recuperación de concesiones al imperialismo, mientras le permitía mantener, bajo formas más modernas, su dominio en el país.

En cuanto al conjunto de la población iraní, ha tenido que soportar como por lo pasado una dictadura absoluta que sigue hoy soportando. Los Palevi han puesto simplemente al compás del siglo XX los viejos métodos de los reyes de Persia... Las rentas petroleras y los subsidios norteamericanos han servido para formar un ejército moderno y superequipado, en el cual los «consejeros norteamericanos» tienen vara alta, y que hace de Irán, para los vendedores de armas del mundo entero, el país de los negocios fabulosos.

Aunque el ejército sea el pilar del régimen, este pilar se dobla de otro : el tristemente famoso SAVAK, la policía política creada con la ayuda de la CIA norteamericana y que es, según dicen los mismos especialistas de la CIA, una de las más perfeccionadas y omnipresentes del mundo. Los sospechosos de oposición política son arrestados sin la menor orden de detención, para pasar por las cámaras de tortura sistemática del SAVAK de donde a

menudo no vuelven a salir.

El número de prisioneros políticos en Irán, aunque difícil de conocer exactamente es muy elevado. Según «Amnesty International», eran en 1977 veinte mil.

Sin embargo, muchas veces, el SAVAK y el ejército no hacen presos. Y cuando les hacen, los tribunales militares condenan a muerte, a centenares de personas por año, después de procesos forjados; o más simplemente los opositores son asesinados por «tratar de luchar contra las fuerzas del orden». Por fin, en caso de manifestación, el ejército dispara sistemáticamente en la muchedumbre, haciendo cada vez decenas o centenares de muertos. El balance de las manifestaciones de junio de 1968, por sí solas, fue así de cinco mil muertos. En cuanto al balance de las manifestaciones de 1978, sobrepasa sin duda ampliamente esta cifra.

Al capricho de las elecciones norteamericanas, Irán ha conocido breves períodos de «liberalización». Ha sido el caso en 1961, después de la elección de Kennedy, quién incitó al Sha a restablecer ciertas apariencias: por ejemplo, al suprimir la prohibición que soportaba el partido de los partidarios de Mossadegh, el Frente Nacional. Esta «abertura» política, muy relativa, se acabó en junio de 1963, con la represión sanguinaria de las manifestaciones dirigidas contra la política económica del Sha. Igualmente, en 1977, después de la elección de Carter en U. S. A. y de su campaña sobre los «derechos del hombre», la dictadura pareció un momento relajar su presión y una cierta contestación ha podido expresarse en el país, desembocando finalmente en la ola actual de manifestaciones. El Sha ha hablado entonces de nuevo de «liberalización». Las matanzas del

día ocho de septiembre han mostrado que sólo se trataba, una vez más, de una maniobra política.

EL INTERMEDIO MOSSADEGH

Después de la segunda guerra mundial, mientras que la dictadura estaba debilitada, al igual que la dominación del imperialismo, ciertos representantes de la burguesía iraní intentaron sacudir un poco el yugo que pesaba sobre Irán. Fue particularmente el intermedio Mossadegh, que se acabó, el 19 de agosto de 1953, con el golpe de Estado contra este mismo.

Mossadegh, primer ministro del Sha, era el hombre que dos años antes había nacionalizado los petróleos de Irán —trece por ciento de las reservas mundiales de la época— de los cuales una sociedad inglesa, la Anglo Iranian Oil Company, tenía la exclusividad de explotación. Frente al rechazo de esta última de entregar «royalties» (censos petroleros) superiores a 25 % o 30 % al Estado iraní, Mossadegh se apoyó en el Parlamento y en mayo de 1951 pronunció la nacionalización, lo que le valió después una amplia aprobación popular.

Pero ni Gran Bretaña, de la cual Irán era una casi colonia, ni las compañías petroleras, que veían no solamente sus privilegios amenazados en Irán sino que también temían que el ejemplo se extendiese, no se inclinaron. Los Ingleses cerraron la refinería de Abadan que permitía tratar una gran parte del petróleo del Medio Oriente, despachado luego en Europa. Los «Majors», el puñado de grandes firmas multinacionales que controlan no solamente la producción petrolera, el refinado, el

transporte, sino también la distribución y la comercialización, bloquearon el petróleo iraní. La producción que era de 155 millones de barriles en 1947, había bajado a 21.5 millones en 1954, después del bloqueo. Nadie más se atrevió a comprar el petróleo iraní, temiendo represalias por parte de los «Majors».

Mossadegh se había convertido en la pesadilla de los reyes del oro negro : era el hombre a eliminar. Al interior, beneficiaba de un amplio apoyo, incluso el del Partido Comunista, el «Toudeh» del cual se desmarcó lo más posible, intentando ir en su contra, cuando no reprimió las manifestaciones de apoyo que los estalinistas organizaron en su favor. Al exterior, buscó ayuda acerca del gobierno norteamericano y se dirigió a Eisenhower, el presidente de U. S. A. A manera de respuesta, los golpes vinieron de este lado.

El Sha que se oponía a su primer ministro, fue escuchado, obtuvo el apoyo militar y material de Washington y de las compañías petroleras para derrocar a Mossadegh. En febrero de 1953, anunció su intención de abdicar, a fin de provocar un movimiento en su favor : en vano. Retiró su decisión. En respuesta, Mossadegh, en Julio, organizó un referéndum para plesbicitar su política, y obtuvo... 99,4 % de votos. U. R. S. S. aceptó entonces entablar negociaciones con él para el despachamiento eventual del petróleo iraní. Esto bastó para que el gobierno de Irán sea presentado por las autoridades norteamericanas como víctima de la infiltración comunista.

U. S. A. decidió entonces eliminar Mossadegh. La CIA encontró el apoyo del Sha para organizar una primera tentativa de golpe de Estado, el 15 de agosto de 1953, con el general Nassiri, que fracasó, y una segunda con el general Zahedi, el 19

del mismo mes y que esta vez llegó a un resultado. El Sha, que se había prudentemente refugiado en Roma durante este tiempo, volvió a Teherán.

La compañía nacionalizada fue remplazada por un consorcio del cual la Anglo Iranian Oil tuvo 40 % de las acciones, mientras que la ARAMCO, cártel de las grandes empresas norteamericanas, tuvo también 40 % ; 14 % fueron a la Shell y 6 % a la «Compagnie Française des Pétroles». Los censos al gobierno iraní fueron finalmente de 50 %. Pero no fue dicho que se tocase impunemente a los inmensos privilegios de los «Majors». Mossadegh fue encarcelado —hasta fue condenado a muerte, e indultado— y una inmensa represión cayó sobre el país.

UNA ECONOMÍA COLONIAL

Hoy los dirigentes iraníes, presentan las tentativas, sin embargo muy tímidas de Mossadegh, como un funesto error. En particular, se enorgullecen del desarrollo económico que el país habría conocido gracias a ellos mismos y a su política de colaboración con el imperialismo.

Aún hace poco, la prensa no hablaba más que del «milagro económico» de Irán. Según ésta, gracias a las rentas procedentes del petróleo, el país pronto iba a convertirse en una potencia industrial. En 1975 por ejemplo, el índice de incremento económico era de cuarenta por ciento. Al emprender en los años 1960 lo que llamó «Revolución blanca», el Sha mostraba cierta voluntad para dar al país una industria moderna en vista de relevar la del petróleo cuando, dentro de unos veinte años, las reservas de petróleo estén agotadas.

Efectivamente, con el «boom» del petróleo, la economía y las estructuras sociales de Irán, se modificaron rápidamente en estos últimos años. La «Revolución blanca» se ha traducido por la reducción a la miseria de una parte de la población y una dependencia cada vez mayor del mercado mundial y del imperialismo.

La pequeña burguesía artesanal y mercantil que representa una fracción importante del pueblo humilde de las ciudades, que ya desde la época colonial había padecido de la introducción de mercancías industriales, ha visto su situación agravarse tanto más que la corte favoreció mediante desgravamientos fiscales, una burguesía viviendo de los circuitos de importación.

En cuanto al campesinado, ha sido víctima de una reforma agraria dictada desde arriba, por el Sha en 1963. La secular explotación feudal de los campesinos por los pequeños señores, que caracterizaba el campo, fue reemplazada por la explotación mediante un Estado autocrático y aplicada por funcionarios no menos feroces. Tierras fueron efectivamente confiscadas a cierto número de potentados locales, y títulos de propiedad distribuidos a los campesinos. Para poner en valor su pobre parcela, fueron invitados, por no decir obligados, a entrar en cooperativas. Y en esas cooperativas, que son dirigidas por funcionarios designados por la corte, y en las cuales tienen por vecinos a grandes propietarios, no tienen la menor opción, ni la menor libertad. Mediante subvenciones, el gobierno orienta la producción, favoreciendo a una u otra cooperativa. Además, el agua y los pastos también fueron nacionalizados cayendo bajo la autoridad de funcionarios de la autocracia, es decir de los hacendados que

dominan el Estado. Los modos de irrigación tradicionales, reemplazados por el motopompeo, se volvieron inutilizables en los lugares donde las capas de agua se hallan completamente agotadas por sistemas de que puede dotarse una agricultura industrializada. Además las grandes explotaciones puestas en pie gracias a la ayuda del Estado, se han orientado hacia cultivos industriales como el algodón, la caña de azúcar, o la remolacha. El resultado es que Irán para abastecerse depende cada vez más de sus exportaciones. En 1961, el setenta y nueve por ciento de la producción agrícola iba a la alimentación. En 1971, no había más que el cincuenta y nueve.

El ganado ovino y cabrudo está en vías de ser reemplazado por la cría de ganado bovino importado costosamente, y cuya alimentación podrá hacerse únicamente con productos importados como el soja. En diez años, de 1967 hasta 1977, el endeudamiento de los campesinos respecto al Estado y los banqueros ha sido multiplicado por cinco, y respecto a los usureros por diez. Los campesinos no han sido «liberados» del yugo de los feudales más que para caer bajo el yugo de un Estado que hoy les expulsa del campo por centenares de millares. El éxodo rural impulsa hoy a los campesinos hacia el chavolismo de las grandes ciudades. Son los mismos que se encuentran de nuevo expulsados por la fuerza de los bulldozers cada vez que la especulación del suelo en las ciudades puede ser satisfecha.

En cuanto a la industrialización, petróleo aparte, a defecto de mercado interior que necesitaría una elevación del nivel de vida de los iraníes, también está dirigida hacia la exportación, en dirección de los países vecinos. El Estado iraní concede ventajas a las firmas multinacionales

que aceptan venir a implantarse en Irán. Financia las infraestructuras, participa en el capital, pero de esto nada resulta para los Iranies mismos. Ni siquiera la mano de obra, en gran parte importada debido a la falta de cualificación en Irán.

Irán queda de hecho y cada vez más, un gigantesco pozo de petróleo, que alimenta cada vez más al imperialismo y cada vez menos a su población.

El desarrollo petrolero ha producido para los Iranies, aparte las pocas familias que dominan en la corte, sólo miseria todavía mayor.

LAS OPOSICIONES POLÍTICAS

Una de las características de Irán, es la debilidad de los movimientos políticos de oposición al Sha, si se exceptúa la oposición religiosa. La intensa represión policiaca no ha permitido en efecto, que existan movimientos de oposición estructurados.

El partido «Toudeh», apelación del Partido Comunista de Irán, fué desmantelado después del golpe de Estado de 1953 contra Mossadegh. A la época, era relativamente influyente. Es por eso que la represión consecutiva a la destitución de Mossadegh fué dirigida especialmente contra él. Hoy en día en la clandestinidad, no parece encontrarse en estado de desempeñar un papel, según por lo que se pueda juzgar.

El Frente Nacional —que se llama más exactamente la UFFN, Unión de las Fuerzas del Frente Nacional— es el antiguo partido de Mossadegh. Agrupa esencialmente a intelectuales o burgueses liberales, sin vínculos con las masas. Es por eso además que es relativamente tolerado por el Sha, como una especie de oposición legal permitiéndole

demonstrar que, en Irán, no se arresta a todos los opositores... El Frente Nacional pide la aplicación real de la Constitución, mediante la organización de elecciones libres, y el proceso en justicia de todos los que han transgredido la Constitución —es decir los partidarios del régimen. Sin embargo, el Frente Nacional ni siquiera se pronuncia por el fin de la monarquía ni por la abdicación del actual Sha, mientras que una gran parte de los religiosos lo reclaman.

Además de estos dos partidos, existen diversos grupos de burgueses liberales. Finalmente, existen diversos grupos de guerrilla, reclamándose a menudo del islamismo, pero también del marxismo y a veces de los dos, como fue el caso del más importante de estos grupos, el grupo de los «Modjaheddines» —los combatientes de la fe— del pueblo de Irán. Los Modjaheddines han reivindicado notablemente ejecuciones de consejeros militares norteamericanos.

LA OPOSICIÓN RELIGIOSA

En el movimiento de agitación popular que sacude actualmente Irán, los dirigentes religiosos chiitas desempeñan el papel central.

Este papel puede sorprender. Sin embargo, es casi tradicional en Irán, por lo menos desde el siglo pasado.

Los «ulemas» constituyen de hecho una clase de pequeños notables, más o menos vinculados a las estructuras feudales, que el poder aristocrático ha combatido numerosas veces en varias ocasiones. Y frente a la autocracia piden tener o guardar su parte de poder. Es lo que explica que a diversas ocasiones, para seguir siendo populares, hayan defendido las reivindicaciones populares y encabezado movimientos de protesta. Fue el caso notablemente

al principio del siglo, en el movimiento que llevó a la adopción de la Constitución de 1906. El Islam chiita ha sido así, en varias ocasiones, la única fuerza en expresar aspiraciones reformadoras oponiéndose a las tendencias autocráticas de los sha. Recíprocamente además, numerosos laicos partidarios de reformas democráticas o liberales preferían expresarse por el canal de los reformadores religiosos, que el gobierno podía muy difícilmente reprimir. La jerarquía religiosa es en efecto la única en gozar de relativa libertad de movimiento.

Es así que el que está considerado hoy como el primer opositor al Sha es el «ayatollah» Khomeni. Este vive exiliado en Irak desde las manifestaciones de junio de 1963, de las cuales fue uno de los animadores. Desde Irak reclama la abdicación del Sha, el fin de la monarquía y la organización de elecciones libres.

En el conjunto de las críticas hechas por los religiosos al régimen del Sha, cierto número tienen un carácter reaccionario. Khomeni critica al Sha por haber instaurado el voto de las mujeres considerándolo como contrario al Islam. Los religiosos desarrollan también a menudo argumentos xenófobos, criticando reprochando al Sha de ser en Irán el agente de los «extranjeros» o de los que no son musulmanes. El Sha por otra parte no deja de servirse de esto para presentar la oposición a su régimen como una oposición, simplemente, al progreso.

El hecho que la jerarquía religiosa la encabeza da sin dudas —al menos por el momento— límites políticos muy precisos al movimiento popular. Es evidente que lo que quiere la jerarquía religiosa cuando reclama la aplicación de la Constitución, es tener su parte de poder, y de ningún modo el poder de las masas

populares. Pero esto no impide que el movimiento sea un movimiento profundo de rebelión contra la opresión y la miseria y de reivindicaciones de libertades elementales. Y es sin duda además a causa de esta profundidad que los religiosos han escogido ponerse del lado de las manifestaciones populares, y hasta encabezadas y organizarlas; sino hubieran tomado el riesgo de aislarlos mismos de la población.

¿QUÉ PERSPECTIVAS POLÍTICAS ?

¿Cuáles son hoy las perspectivas ? Frente a una oposición popular unánime, pero desprovista de real organización, el régimen ha podido sentirse fuerte de todo su ejército y de toda su policía, de todos los medios de un aparato de Estado ampliamente financiado por el imperialismo; y después de haber demostrado que está dispuesto a ir hasta el final en la represión, el Sha cuenta sin duda con la desmoralización y el desgaste del movimiento popular.

Sin embargo se ha sentido obligado a hacer algunas concesiones a la oposición. No obstante estas tentativas del Sha para dar el pego, anunciando a bombo y platillo la reforma del régimen mediante la «lucha contra la corrupción», tendrán mucha dificultad a darle de nuevo algún crédito. Y no está excluido que a término, las clases dirigentes iraníes, y sobre todo el imperialismo, piensen en un relevo de este régimen desacreditado. En ese caso, sería sin duda en el seno del ejército que podrían encontrar, o preparar, el relevo del régimen del Sha. Además, los dirigentes de éste, que se han señalado en la crisis como los

principales apoyos del régimen, podrían estar ahora tentados, de por ellos mismos, de ejercer el poder por su propia cuenta.

Esto no cambiaría nada, claro está, para la población, que vería solamente la dictadura remplazada por otra, utilizando los mismos cañones, las mismas ametralladoras, para mantener a raya las masas

populares.

Pero sobretodo, si la matanza del «viernes negro» ocho de septiembre ha, por la fuerza, puesto término a las manifestaciones contra el régimen, la huelga general del primero de octubre, provocada por los dirigentes religiosos, ha sido ampliamente seguida y muestra que la oposición popular no cede.

Los Convenios de Camp David :

A Falta de Instaurar la Paz, el Imperialismo Asegura su Control sobre Medio Oriente

Cuando se le examina, quince días después de su firma, el convenio de Camp David pasado entre Beguin, Carter y Sadate está muy lejos del éxito. Al menos si se juzga por las ambiciones proclamadas por los firmantes, que no son nada menos que las de restablecer la paz en Medio Oriente.

Egipto aparece completamente aislado. Todos los países árabes, sin excepción, aunque sea con matices importantes, se han declarado en contra de este convenio.

Parece pues muy difícil, a primera vista, que pueda constituir el primer paso hacia un convenio general entre Israel y todos sus vecinos árabes. Y para mostrar todo lo irrisorio de las palabras de paz, el cañón no para de retumbar desde entonces sobre Beyrouth puntuando la guerra que llevan a cabo el ejército sirio y las milicias cristianas libanesas.

Sin embargo, es el triunfo para Carter. En los sondeos, su crédito vuelve a subir rapidísimamente. Había caído tan bajo que sólo el del Congreso era aun más bajo, ya que los electores norteamericanos estimaban que sólo quedaban los diputados en ser aun más ineficaces e indignos de confianza que su Pre-

sidente. Ahora, los candidatos del Partido Demócrata a las próximas elecciones, vienen a hacer la cola a la Casa Blanca para conseguir una visita de apoyo en su circunscripción, mientras que antes se esforzaban en mantenerle lejos. El Congreso vota proposiciones presidenciales que rechazaban desde meses. En fin, es un tal éxito que el mismo Carter con su estilo ingenuo y sasturrón se presenta simplemente como un hombre «re-nato». Además el ingenuo sabe aprovechar de las circunstancias ya que ha anunciado inmediatamente su candidatura a las elecciones presidenciales de 1980, cuando hasta ahora no se daba un centavo a sus posibilidades de lograr obtener un segundo mandato.

¿Es pues esto simplemente el resultado de una intoxicación bien hecha de la opinión pública norteamericana ? O que, a pesar de todo, los políticos profesionales norteamericanos estiman con ciertas razones que del punto de vista de la burguesía y del imperialismo norteamericano, Carter se ha efectivamente marcado unos tantos y ha conseguido una victoria en Camp David ?

EL DESTINO DE LOS PALESTINOS NO HA CAMBIADO

Formalmente, la única cosa cierta que puede resultar del convenio de Camp David, si es aplicado claro está, y aún está, a pesar de todo, por verificar, es una paz separada entre Egipto e Israel. El gobierno egipcio lo niega y pretende no buscar más que un reglamento global. Sin embargo, están los textos mismos. A propósito de las relaciones egipcio israelíes y del Sinai, las modalidades del convenio y sus fechas de aplicación han sido determinadas con precisión. Dentro de tres meses, el tratado de paz debería ser firmado; dentro de tres años, las fuerzas israelíes tendrían que haber evacuado completamente el Sinai; éste está dividido en tres zonas en cada una de las cuales ya se ha determinado qué tropas (egipcias o de la ONU) y cuantas, podrán estacionarse: efectivos militares egipcios que no sobrepasen la escala de la división, al oeste, en una zona de cincuenta kilómetros de ancho a lo largo del canal; las fuerzas de las Naciones Unidas y solamente efectivos de policía civil egipcia al este, a lo largo de la frontera israelí, sobre una zona de veinte a cuarenta kilómetros de ancho; entre ambos, solamente tres batallones egipcios.

En cambio, ni una sola palabra sobre el porvenir del Golán, la parte del territorio sirio ocupado desde 1967 por Israel. Y sobre todo las disposiciones son de lo más vago a propósito de Cisjordania y Gaza, es decir de los territorios palestinos ocupados desde 1967 por Israel, y todavía más vago a propósito de los refugiados palestinos que han sido expulsados de su país desde 1948.

Un período provisional de cinco años está previsto durante el cual

debería elegirse «una autoridad autónoma» que remplazaría al actual gobierno militar israelí en Cisjordania y en Gaza. Podría crearse una fuerza de policía pero quedaría el ejército israelí en los territorios, simplemente reagrupado en ciertas zonas. Pero no hay ni una palabra de lo que tiene que suceder al cabo de estos cinco años de situación «provisional». Queda por discutir entre Israel, Egipto, Jordania y esta autoridad autónoma palestina puesta en pie bajo la férula del ejército israelí.

En cuanto a los refugiados, el convenio se limita en prometerles un arreglo «rápido, justo y permanente».

En realidad, a partir de este texto, cada uno puede imaginar el porvenir de Cisjordania, Gaza y del pueblo palestino como le dé la gana.

Además esto no tardó en ocurrir. Pocas horas después de haber firmado los convenios, Beguin mismo declaraba que el ejército israelí se quedaría en Cisjordania «para siempre». Y quince días después, los «expertos» norteamericanos e israelíes siguen discutiendo a propósito de la interpretación de los convenios respecto a los colonos en Cisjordania. Los primeros afirmando que Beguin se ha comprometido en no tolerar nuevas instalaciones durante cinco años, los segundos que el compromiso sólo sería válido para tres meses. Por cierto, no faltaron comentadores políticos occidentales, norteamericanos u otros, —y en Francia, por ejemplo el «hombre de izquierda», el profesor Duverger— para explicar a los Palestinos todo lo que estos convenios podían ofrecerles como perspectivas. Si saben llevar bien sus negocios, contentarse de la autonomía (al cuidado del ejército israelí) durante cinco años por lo menos, acomodándose con el

ejército y las autoridades de ocupación, éstas, dicen estos buenos apóstoles, acabaran por aceptar un Estado palestino.

En realidad, este convenio no le compromete a nadie a nada. Es ambiguo a medida del deseo para servir eventualmente a todos los usos. Puede muy bien esconder la firme voluntad del gobierno israelí en mantenerse en estos territorios ocupados. Pero era necesario pagar con algunas palabras y vagas promesas, la proposición de paz separada de Egipto.

Este último, no podía decentemente concluir esta paz diciendo abiertamente que abandonaba los Palestinos a su destino. La parte de los convenios sobre el destino de Cisjordania y Gaza, y las interminables negociaciones que anuncia, no serían entonces sino la salsa para tratar de hacer pasar a los ojos del mundo árabe el convenio israelo egipcio.

También es verdad que este convenio podría ser un primer paso hacia la creación de un Estado palestino independiente. Es la tesis que ahora intentan desarrollar los representantes de Carter, el secretario de Estado Cyrus Vance y el embajador norteamericano Atherton, ante los gobiernos árabes y los Palestinos mismos... a falta de haber convencido Beguin de esto. Al aceptar el principio de una autonomía de Cisjordania y Gaza, incluso surtida de numerosas e importantes reservas, los Israelies hubieran metido la mano en un engranaje. Aun las declaraciones de Beguin limitando el alcance del compromiso israelí sobre el porvenir de Cisjordania, sólo tendrían por objetivo, hacer aceptar sin brusquedad la idea de esta independencia palestina a una opinión israelí cuya mayoría queda aún convencida de que la existencia de

un Estado palestino en sus fronteras es un peligro de muerte para Israel y los Israelies, y vencer una minoría de extrema derecha que reclama la integración definitiva de estas regiones a Israel y la implantación de colonias israelies. En esta hipótesis, Beguin desempeñaría con respecto a los colonos israelies de Cisjordania y de la extrema derecha que le ha ayudado a llegar al gobierno, el mismo papel que De Gaulle desempeñó en Argelia ante la minoría de los Europeos de Argelia y de la extrema derecha francesa.

Entretanto, Beguin no pierde una sola ocasión de recordar que «Jerusalem seguirá siendo siempre la capital del Estado judío» y que ni hablar de evacuar cualquier instalación israelí en las zonas ocupadas fuera del Sinai.

Y lo que si parece muy evidente es que los convenios de Camp David no presagian nada por sí mismos, aunque conserven todas las posibilidades. Aunque se admita un instante —lo que queda por probar— que Beguin está ya secretamente convencido de la idea de la constitución de un Estado palestino independiente a largo plazo, éste último sólo nacería al imponerlo por su lucha los Palestinos mismos. Es lo que además hicieron los Argelinos, para seguir con el paralelo de De Gaulle. La OLP y las organizaciones palestinas en su conjunto han rechazado los convenios de Camp David y han declarado que contaban continuar luchando. Y es efectivamente la única solución que tienen si quieren llegar a imponer la creación de un Estado palestino, aun en la hipótesis más favorable en la cual los convenios de Camp David serían realmente el anuncio de la posibilidad de un cambio de política del Estado israelí.

Más de un millón de Palestinos en los territorios ocupados, un

millón y medio en los países que rodean Israel quedan pues enfrentados con Israel y seguirán sosteniendo y alimentando organizaciones que dirigirán el combate militar contra Israel, o por lo menos mantendrán una agitación terrorista. Sólo cambiaría esta situación cuando nazca un Estado palestino independiente o cuando sean completamente aniquiladas estas organizaciones por Israel o por otros. Esto significa que en toda hipótesis, el estado de guerra virtual seguirá, y que los soldados israelíes están lejos aún de abandonar la ametralladora por el arado.

NADA ESTÁ RESUELTO ENTRE SIRIA Y JORDANIA

Esta situación de los Palestinos basta para enfrentar toda la opinión nacionalista árabe con Israel. Apoyándose sobre esta opinión, tomando como pretexto el destino de los Palestinos, un cierto número de regímenes y de gobiernos árabes, sinceramente pero lo más a menudo demagógicamente, seguirán movilizando su pueblo contra Israel. Casi siempre, claro está, no tienen ninguna gana de pasar de las palabras a los actos ; su verdadero objetivo no es de llevar a cabo la guerra contra Israel ; el destino de los Palestinos es la menor de sus preocupaciones ; y toda su propaganda y su movilización anti israelí, sólo tiene como objetivo apartar su propio pueblo de los verdaderos problemas. Sin embargo éste mantiene desde hace tres años un estado de tensión permanente en toda la región. Es verdad que si no hubiese existido Israel, un cierto número de gobernantes árabes lo habrían inventado, de lo cómodo que es por razones de política interior.

Sin embargo, los acuerdos de Camp David no les quita ningún pretexto para seguir el mismo juego. La cumbre del «Frente de la Firmeza» que se ha reunido en Damas apenas algunos días después de Camp David, ha mostrado que Argelia, Libia, Siria y demás Yemen del Sur se proponían llevar a cabo la misma política y seguir utilizando el pretexto del destino de los Palestinos para movilizar la opinión árabe contra Israel, tanto más fácilmente además que excepto Siria, el alejamiento de estos países con respecto a Israel convierte sus declaraciones de guerra y sus baladronadas, en gestos y palabras sin alcance efectivo. Ocurre lo mismo con Irak que se esfuerza en sobrepujar hasta sobre los países del «Frente de la Firmeza» y que propone tanto más fácilmente una «confrontación con el enemigo» que esta confrontación sería soportada en lo esencial por otros, Siria, Líbano o Jordania.

A estas razones demagógicas de rechazar la paz con Israel, los países limítrofes de este último tienen otras más precisas. En efecto, Israel ocupa una parte del territorio de Jordania como de Siria. No se ve entonces cómo estos dos países podrían hacer la paz con Israel sin que haya como mínimo un compromiso firme de Israel para abandonar los territorios ocupados.

Ahora bien, los compromisos de Israel a propósito de Cisjordania son por el momento tan vagos y tan lejanos que equivalen a ningún compromiso. El rey Hussein de Jordania aunque sea el servidor del imperialismo norteamericano, no puede aceptar hacer la paz en esas condiciones. Además Hussein quizás prefiere que Israel siga ocupando Cisjordania en vez de que se cree un Estado palestino independiente que

amenazaria serle hostil. Ahora, puede seguir dándoselas fácilmente de defensor de los Palestinos al negar un acuerdo con Israel. Para que aceptase este acuerdo debería sin duda Israel garantizarle que los Palestinos están realmente neutralizados, volviendo a poner Cisjordania bajo la autoridad de Hussein por ejemplo. Pero esto habría que hacerlo admitir por los Palestinos mismos, que lo rechazan por el momento.

En cuanto a Siria, es impensable que pueda aceptar la anexión del Golán por Israel. Ahora bien, por el momento no hay ni una palabra del gobierno israelí que deje entender que está dispuesto a negociar una retirada de este territorio. A la inversa del Sinai o aun de Cisjordania, la ocupación del Golan por el ejército israelí está planteada como indispensable a la seguridad de Israel. A estas condiciones, la paz con Siria no es para mañana.

UN SOLO VENCEDOR : EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Si hay pues una situación a la cual se aplica la fórmula «nada está solucionado» es la del Medio Oriente, a la mañana siguiente de Camp David.

En el mejor de los casos, se va a un acuerdo de paz formal entre Egipto e Israel ; pero nada aparece cambiado ni en los territorios ocupados ni en las relaciones entre Israel y sus demás vecinos árabes.

La paz queda lejos en Medio Oriente. Pero, más allá del sermoneo del muy cristiano Carter, ¿es la paz ? lo que quiere Estados Unidos, ¿es la paz ? lo que necesita el imperialismo norteamericano en esta región del

mundo. Nada es menos seguro.

El imperialismo norteamericano, pero también inglés y francés, se han servido desde más de treinta años de Israel como gendarme en Medio Oriente. El ejército israelí superequipado y superentrenado, permanentemente en pie de guerra, ejerce una amenaza constante sobre todos los países vecinos, dispuesto a intervenir en todo momento.

Esta arma, que el imperialismo ha hecho intervenir efectivamente en muchas ocasiones, y de la cual, de todos modos, se ha servido para amenazar los regímenes recalcitrantes de la región y llevarlos a comprender, no tiene por supuesto Estados Unidos la intención ni de abandonarla ni de dejarla oxidarse. El esmero que siguen teniendo en mantener y equipar el ejército israelí, justo cuando discutían y firmaban el convenio de Camp David, lo prueba. Así una ayuda militar de trece mil millones y medio de francos a Israel es actualmente negociada en Washington. Y Carter se ha comprometido en construir dos aeródromos para compensar las supuestas pérdidas de posición del ejército israelí en el Sinai.

Pero para que el ejército israelí siga constituyendo un arma enteramente segura y dispuesta a intervenir bajo la orden terminante del imperialismo, debe, y con él toda la población israelí, estar convencido de estar permanentemente amenazado por los Árabes. Esta convicción ha permitido desde hace treinta años transformar Israel en un Estado supermilitarizado.

No tiene pues nada que pueda desagradar al imperialismo el hecho que la misma tensión permanezca en las relaciones de Israel con el pueblo palestino, la mayoría de sus vecinos árabes inmediatos y hasta la mayor parte del mundo árabe. De esta

manera la presión sobre la población israelí para llevarla a que acepte quedarse en pie de guerra, se mantiene.

El verdadero problema para Estados Unidos no es la paz en Medio Oriente la cual le importa poco. Es el de controlar todo lo que ocurre en esta región del mundo. Y más precisamente el de evitar que nazcan conflictos que el imperialismo mismo no desea y no quiere.

Ya que a enfrentar los pueblos los unos con los otros, se acaba por crear situaciones explosivas que se le pueden ir de la mano, incluso a los que las han creado. Así, debido a la tensión permanente entre Israel y sus vecinos árabes, a todo momento, existe el riesgo que estalle una nueva guerra, aunque no lo deseé Estados Unidos, debido simplemente a que el Medio Oriente es un verdadero barril de pólvora y que un ligero incidente puede bastar para hacerlo saltar.

Desde 1973 y la guerra del Kippour, la última guerra abierta entre Israel, Egipto y Siria, Estados Unidos se esforzó por reducir este tipo de riesgos. Ha sido la razón de todos los esfuerzos del gobierno norteamericano desde Kissinger, ya que la política de Carter y Camp David sólo es la continuación de la política comenzada bajo Nixon.

Al inducir a Israel y Egipto a concluir una paz separada —y otra vez ésta se prepara desde hace cinco años, fecha de las primeras negociaciones americano-egipcio-israelíes que condujeron a las primeras retiradas parciales de los israelíes en el Sinai— Estados Unidos reduce considerablemente los riesgos de que estalle una guerra sin que lo quiera entre Israel y sus vecinos árabes. Sin Egipto, en efecto, el mundo árabe puede muy difícilmente pensar en sostener una guerra contra Israel. Ni

Siria sola, ni aun Siria y Jordania juntas incluso ayudadas por el resto de los países árabes, parecen capaces de atacarse al Estado hebreo.

Claro que por otro lado el hecho de estar asegurado de su retaguardia del lado de Egipto, podría dar más libertad a Israel para atacarse a Siria o ir a Líbano a desempeñar el papel de gendarme, en beneficio de los cristianos por ejemplo. Washington puede sin embargo pensar que tiene suficientes medios de presión sobre un Israel que depende absolutamente de él tanto del punto de vista financiero como militar, para impedirle que se lance en una nueva guerra sin el consentimiento de su protector norteamericano.

La situación creada con el convenio de Camp David, que no es sino la consagración de la política norteamericana en esta región desde hace cinco años, corresponde pues del todo a los intereses del imperialismo norteamericano. Los riesgos de que estalle un conflicto sin que lo haya expresamente deseado para sus intereses propios están lejanos y reducidos ; pero quedan suficientes tensiones entre Israel y los Árabes para que el primero siga en pie de guerra y que los israelíes sigan creyendo en la necesidad de formar este pueblo en armas, gendarme a la disposición del imperialismo.

También se puede añadir que la manera en que Estados Unidos ha arreglado el litigio entre Egipto e Israel, puede permitirle atraer Siria o Jordania con el señuelo de la perspectiva de recuperar un día sus territorios perdidos... si aceptan entrar en el juego de las negociaciones propuestas por la diplomacia norteamericana. Así se abre la perspectiva de años de negociaciones, lo que no significa la perspectiva de resultados.

Estados Unidos puede así esperar y ver. No es seguramente la paz, ni para los Israelíes, ni para los Palestinos, ni para los pueblos árabes de la región. Pero si una situación controlada mucho más estrechamente por el imperialismo. Y es todo lo que éste pide, tanto más cuanto que ha prácticamente logrado demostrar que su rival mundial, U. R. S. S., no tiene ningún papel que desempeñar en esta región del mundo, donde parecía sin embargo, hace solamente algunos años, haberse sólidamente implantado.

EL INTERÉS DE LOS PUEBLOS PALESTINOS Y ÁRABES

Claro que si el imperialismo se ha marcado unos tantos estos últimos años, situación concretizada con los convenios de Camp David, no dispone a pesar de todo de todos los triunfos. Y un cierto número de factores que pueden cambiar completamente la situación actual escapa a su control.

Muchas cosas dependen en particular de los pueblos de esta región del mundo y de las luchas que pueden entablar para la defensa de sus propios intereses.

El pueblo palestino primero, cuya movilización y organización creciente desde 1967 ha cambiado los elementos del juego político en la región. A pesar de la represión de la cual ha sido víctima tanto por parte del gobierno israelí como de los gobiernos árabes, en primer lugar de Jordania y Siria, sigue siendo el principal obstáculo a una estabilización de la región bajo la égida del imperialismo.

El pueblo egipcio también, que hoy según lo que se puede saber de

ello, aplaude Sadate y la paz, harto que está de treinta años de esfuerzos de guerra que le impusieron los sucesivos gobiernos egipcios. Pero puede darse cuenta rapidísimamente que la paz concluida por Sadate no cambiará nada a su destino, a su miseria y a su opresión. Los Felás del Nilo quizás correrán menos peligro de morir sin demasiado saber por qué en el Sinai. Pero se puede estar seguro de que los miles de millones que ya no estarían consagrados al ejército (admitiendo que el ejército con motivo de la paz absorba un poco menos de dinero que antes, lo que no es seguro) no estarán consagrados a mejorar la vida de los campesinos y de los obreros, pero si cogidos por las clases poseedoras. Las ilusiones sobre Sadate no durarán indefinidamente.

El pueblo israelí finalmente, del cual, estos últimos tiempos, un cierto número de muestras y en primer lugar las manifestaciones «Para la paz ahora» habían mostrado el cansancio. Los dirigentes de este movimiento han aprobado completamente estos últimos días Beguin y su política. Entusiasmados, dicen, por los resultados de Camp David, han convocado a una manifestación en favor de Beguin, ellos que llamaban poco tiempo antes a manifestar en contra. Pero los millares de Israelíes cansados del estado de guerra, cansados de vivir con el arma en la mano y de actuar como los cabos de vara de las poblaciones árabes de la región, no van a tardar quizás mucho en darse cuenta que Camp David no ha cambiado nada para ellos de este punto de vista.

Desde luego, para que las aspiraciones y las luchas de los unos y de los otros no estén desviadas, ten-

drian que darse organizaciones que representen sus aspiraciones. Y tendrán en primer lugar que romper completamente con todos los nacionalismos, judíos o árabes, por qué estos nacionalismos no sólo representan únicamente los burgueses árabes o israelíes, sino que además a un momento u otro acaban por contemporizar con el imperialismo o ponerse a su servicio.

Si hay una situación en la cual sólo una política internacionalista y proletaria podría traer a la vez el fin de la opresión y la paz, es la de Medio Oriente. Así, a pesar de las apariencias, un grupo pequeño de revolucionarios trotskistas resueltos necesitarían quizás de poco tiempo para construir allí un partido y encontrar una real audiencia.

Francia : La Dimisión de las Centrales Sindicales

Frente a la Ofensiva Gubernamental, y la Política de los Revolucionarios

Las elecciones acabadas, el gobierno Barre ya no tiene por qué molestarse para la puesta en práctica de su política, destinada a que soporte la clase obrera lo esencial del peso de la crisis. En muy pocas ocasiones, en Francia un gobierno se ha empeñado así con tanto cinismo en servir los intereses de los capitalistas, pequeños o grandes, a costa de las clases laboriosas. Barre acaba de tomar, una trás otra, con su plan de Hacienda y su plan-acero, una serie de medidas destinadas a transferir una parte del dinero recogido en los bolsillos de las clases trabajadoras hacia los de los capitalistas. Bajo pretexto de enderezar la economía francesa, una vez más, el Estado inyecta miles de millones en ésta, o mejor dicho, proporciona dinero fresco a los industriales amenazados. Sin vergüenza alguna, Barre explica que son necesarios la libertad de los precios para los industriales y el bloqueo de los salarios para los trabajadores. ¡Y cuidado con los patrones generosos que concedieran aumentos superando el tope fijado ! : el Estado se reserva el derecho de sujetarlos por medio del crédito. Al aumentar los impuestos sobre los productos de consumo corriente como gasolina, tabaco, alcohol, televisión, etc., el Estado agrava una vez más la población tra-

bajadora, víctima ya de la inflación y del paro.

Estos miles de millones, robados a los pobres y dados a los ricos, ni impedirán las quiebras, ni tampoco evitarán los licenciamientos en los sectores que se están modernizando o que están reestructurándose. Estos miles de millones, como siempre, van a concentrarse en manos de las grandes feudalidades del dinero, a fin de compensar sus pérdidas en los sectores afectados por la crisis, permitiéndoles invertir en los sectores rentables.

Nadie, ni siquiera en el gobierno, se atreve a hablar de nuevo desarrollo o de nuevo impulso económico. El dinero repartido así entre los capitalistas no salvará ni un empleo. Sólo representa la parte tomada al conjunto de la población laboriosa, por intermedio del Estado, para que se mantengan los gigantescos provechos de algunos. Esta política de clase, por lo desvergonzada que es, tendría que provocar la cólera y la indignación de los trabajadores y de las organizaciones que pretenden representarles.

Pero ni los partidos de izquierda, ni las centrales sindicales han organizado la menor acción de conjunto que permitiera a los descontentos —y los había— que

manifestaran su indignación y que se contaran. En los dos únicos sectores en los cuales las organizaciones sindicales han convocado acciones después de la vuelta de vacaciones (siderurgia, a fines de Septiembre y ferroviarios, a principios de Octubre), las consignas sindicales, al contrario, eran significativas de la voluntad de las confederaciones de no orientarse hacia una réplica (ni siquiera simbólica) de conjunto.

En la siderurgia, en la que se trataba de protestar contra el escándalo de la compra por el Estado de la deuda de la patronal siderúrgica, escándalo aumentado aún por el anuncio de nuevos miles de licenciamientos, se convocababa a la acción a la sola siderurgia lorense y no a las demás empresas del país. Y esta acción había de ser y fue «diversificada» (para emplear el vocabulario sindical) según las empresas.

De la misma manera, entre los ferroviarios, llamaron a la acción al personal móvil y en días diferentes, al administrativo. Y las consignas también fueron «diversificadas» de una región a otra.

Todo ocurre en esta vuelta de vacaciones de 1978 bajo el signo de las palabrerías y de las negociaciones. En el mismo momento en que Barre anuncia su plan-acero, Maire y Seguy estaban con Robert Boulin discutiendo de los proyectos gubernamentales en cuanto al paro. «*Hemos vuelto con las manos vacías*» declaró Seguy al salir, como si él o los millones de trabajadores concernidos pudieran esperar algo de tal encuentro. El gobierno tiene empeño en recibir a los representantes de las grandes centrales sindicales, puesto que estos encuentros con los principales líderes sindicales, tienden a mantener la ilusión de una posible concertación, dando en

consecuencia al gobierno un carácter social, cualesquiera que sean además las medidas anti-sociales que éste haya tomado. Para las centrales sindicales, especialmente para la CGT anteriormente tantas veces ignoradas en semejantes ocasiones, se trata de una especie de «reconocimiento» de su papel y de su importancia. Se libran a esta comedia de la concertación para que no se les aparte de las salas de negociaciones. No ignoran que, de visita en visita, el objetivo de la patronal y del gobierno a sus órdenes, es que avalen los ataques actuales y futuros contra la clase obrera, muy en particular sobre la revisión de la indemnización a 90 % de los trabajadores licenciados por motivos económicos y sobre el ajustamiento del horario de trabajo para que una parte de los días de paro cuente como días de vacaciones.

No lo ignoran, pero acuden sin embargo y, a pesar de que Seguy y Maire no dejen de expresar su desengaño al salir, las negociaciones entabladas al más alto nivel entre los representantes de la patronal y las confederaciones desembocan, por su parte, muchas veces, en acuerdos firmados por todos los interlocutores, tal el acuerdo tipo en la metalurgia. En realidad, ahora mismo en muchos sectores, se desarrollan negociaciones y no sólo en la metalurgia por ramo industrial, a nivel regional, y todos los sindicatos están participando.

Las centrales sindicales han situado así su vuelta a la actividad bajo el signo de la negociación. Hasta cuando hablan de lucha es «para desembocar en verdaderas negociaciones». Así, curiosamente la negociación no viene a un momento dado servir la lucha; es la lucha quien sirve la negociación, considerada

como el verdadero objetivo. A estas negociaciones locales, sectoriales o regionales, una empresa trás otra, un ramo trás otro, corresponden en la táctica de las centrales sindicales, a luchas «diversificadas», «locales», «por ramo» etc. En efecto cuando los dirigentes de las dos principales organizaciones sindicales del país, la CGT y la CFDT hablan —además separadamente— de acción, emplean términos iguales : huelgas por empresas, por sectores, huelgas diversificadas.

En ninguna parte, en ningún momento, incluso cuando se dirigieron a sus militantes en los discursos de reapertura en la Mutualité o en Pantin, Maire y Seguy han hablado de organizar una lucha común de todos los trabajadores sobre la base de reivindicaciones comunes. Incluso cuando la CGT habla de coordinar las acciones por sector al nivel «departamental» luego al nivel «regional» y hasta al nivel «nacional», la movilización permanece diversificada y limitada a una semana de acción —rechazada por otra parte por la CFDT— y no se trata de ningún modo, del comienzo de la lucha en masa necesaria que los trabajadores tendrán que emprender contra la patronal y el gobierno para la defensa de sus condiciones de existencia gravemente amenazadas. La CGT y la CFDT cuidadosamente procuran no pronunciar el término de huelga general o de lucha de conjunto.

Evidentemente, este renunciamiento no es fortuito. Es deliberado. Cualesquieran que sean los motivos invocados para justificar esas luchas locales —Maire habla de «democracia» y de esta manera opone las «iniciativas de la base» a las consignas artificiales «dictadas por las esferas superiores»— no son más que pretextos. En realidad, las

grandes centrales sindicales dejan de lado deliberadamente la organización de una lucha de conjunto. No solamente no hacen para prepararla, ni propaganda ni mobilización parcial, sino que al contrario preparan una desagregación sistemática y deliberada de los movimientos que deben organizar para justificar su existencia.

LA EXTREMA IZQUIERDA Y LA UNIDAD SINDICAL

En ese contexto, una gran parte de la extrema izquierda francesa ha hecho del tema de la «Unidad» entre las organizaciones reformistas su caballo de batalla, y se trata tanto de la unidad P. C. F. -P. S. al nivel político como de la unidad sindical. En particular, es el caso de la L. C. R. (sección francesa del Secretariado Unificado).

La L. C. R. justifica su política diciendo que es necesario partir del nivel de conciencia de la clase obrera, tener en cuenta sus aspiraciones a la unidad, y poner a las organizaciones reformistas entre la espada y la pared, proponiéndoles públicamente la unidad de acción para la satisfacción de cierto número de reivindicaciones concerniendo toda la clase obrera.

Este razonamiento no es falso, claro está. Pero aún es necesario que a través del lenguaje así proferido a las masas, los objetivos sobre los cuales se propone la unidad de acción del movimiento obrero queden muy claros, y que también sea muy claro que la unidad propuesta sólo tiene sentido en vista de esos objetivos.

Ahora bien, no se puede decir que la política de la L. C. R., satisfezca esos objetivos. Cierto, la L. C. R. no proclama que la «Unidad en sí» es

suficiente (pero de todas maneras, nadie se atrevería a decir tal cosa). Habla de «*unidad de acción*» (al igual del P. C. y del P. S.) o de «*unidad obrera*». Y en muchos de sus textos, el lector que lee también lo que está impreso en pequeño carácter, puede constatar la existencia de un programa reivindicativo sobre la base del cual, la L. C. R. propone que se realice la unidad de acción. Pero este programa reivindicativo es sobre todo una coartada para permitir a los camaradas de la L. C. R. tener buena conciencia.

La importancia dada al problema de la unidad (sin otros comentarios), en los títulos de *Rouge* (el cotidiano de la L. C. R.) cómo en los carteles de la L. C. R., tiene como consecuencia que la política de «*unidad de acción*» de esta organización se parece mucho a la famosa historia de la aguja en el pajar : una tonelada de paja de unidad por cada aguja de programa de acción.

Tanto más que en el contexto post-electoral de la querella PC-PS, y en función de las ilusiones de los trabajadores, cualquier llamamiento a la unidad general de los partidos obreros, no puede ser entendido por los trabajadores que cómo un llamamiento a la unidad electoral entre los grandes partidos reformistas.

Lo que es grave, no es sólo lo que dice la L. C. R. al defender su política. Es aun más lo que opta no decir para no ir al encuentro de los prejuicios de la clase obrera.

La gran mayoría de trabajadores no tiene conciencia del papel que desempeñan los partidos reformistas en la defensa del orden burgués, de los intereses que verdaderamente defienden. Piensa que sus querellas no son otra cosa que el fruto de su sectarismo, y que si se pusieran de acuerdo entre ellos, en particular, en las elecciones, todo iría mejor.

Muchos trabajadores comparten la misma idea (que P. C. y P. S. han más que todo contribuido a propagar en el pasado) que toda crítica era un atentado a la unidad.

La tarea de los revolucionarios no consiste de ninguna manera en ajustarse a esos prejuicios de la clase obrera, de considerar la unidad como un bien en sí, independientemente de los objetivos a alcanzar, y aún menos en hacerse los ensalzadores de la unidad electoral entre reformistas. Y aun cuando gracias a un juego de manos se bautiza «*unidad de acción*» esta coalición electoral, afirmar que «*ninguna polémica debe atravesar la necesaria unidad de acción*», es —con una fórmula voluntariamente ambigua— pagar su tributo a uno de los más peligrosos prejuicios de la clase obrera, utilizar lo que es generalmente un arma de los reformistas contra la crítica revolucionaria.

Ninguna búsqueda de la unidad de acción puede justificar, para los revolucionarios, el renunciamiento a la crítica. Y no hay crítica revolucionaria de las burocracias reformistas cuando no se va hasta el final de esta crítica, es decir cuando no se explica a los trabajadores qué papel histórico desempeñan las burocracias, qué intereses sociales defienden.

Durante toda la campaña electoral que ha precedido las últimas legislativas, la L. C. R. se ha negado a denunciar sistemáticamente el hecho de que la Unión de la izquierda en el gobierno defendería los intereses de la burguesía contra la clase obrera. Y ese rechazo de ir hasta el final del análisis es igualmente visible hoy en día en el lenguaje que sostiene la L. C. R. a propósito de las disensiones que oponen en el plan sindical la CGT y la CFDT, lenguaje que también quiere decir

ponderar los méritos de la unidad por la unidad.

Al día siguiente de la entrevista Seguy - Maire del 18 de Septiembre, que desembocó en un acta de desacuerdo entre la CGT y la CFDT, *Rouge* titulaba : «*El poder ataca : Seguy y Maire hacen la huelga de la unidad*». Y debajo del título : «*¡Demasiado, es demasiado !*» el editorialista del periódico escribía : «*Pues bien, si lo que les opone es otra cosa que una sórdida rivalidad de aparatos ¡que vayan defender sus propuestas delante de los trabajadores, haciendoles jueces ! (....) ; Los trabajadores están hartos de ver aquellos que pretenden defenderles hablar de unidad sin hacerla !*».

Pero no había en *Rouge* una sola frase para explicar claramente a los trabajadores que, más allá de los desacuerdos que ostentan sobre la táctica sindical, Seguy y Maire están de acuerdo con el hecho de no hacer nada, satisfaciéndose de suministrarse coartadas mutuamente para su respectiva inacción (además en nombre de «*la unidad*» de la cual cada uno de ellos se proclama partidario) porque los aparatos sindicales reformistas están desde hace tiempo integrados a la sociedad burguesa, porque se han vuelto los defensores del orden burgués.

En verdad los sindicatos no llevan siempre la misma política. Para justificar su papel, acerca de los trabajadores como acerca de la burguesía, toman muy a menudo la iniciativa de luchas, más o menos parciales, más o menos limitadas. En raras circunstancias (Mayo Junio de 1968), pudieron incluso asociarse a una huelga general. Pero a pesar de eso siguen siendo los representantes de los intereses de la burguesía en el seno de la clase obrera. Aunque si mañana, encabezaren por una u otra razón, una

huelga general, harían todo, de esto se puede estar seguro, como en Junio de 1936, como en Junio de 1968, para que determine el menor costo para la burguesía.

Contar con esas centrales sindicales para organizar la lucha necesaria a fin de forzar la burguesía a pagar los gastos de la crisis es una ineptia. Hacer como si creyeran que fuera posible, explicar la inacción de las centrales sindicales solamente por su sectarismo (*«una vez más, como antes de las elecciones, la rivalidad y los intereses de los aparatos pasan antes que la defensa de los trabajadores»* *Rouge* del 20 de Septiembre, a propósito de la entrevista Seguy-Maire), es contribuir a desarmar los trabajadores para las luchas de mañana.

Contar con esas centrales sindicales para organizar la lucha necesaria a fin de forzar la burguesía a pagar los gastos de la crisis es una ineptia. Hacer como si creyeran que fuera posible, explicar la inacción de las centrales sindicales solamente por su sectarismo (*«una vez más, como antes de las elecciones, la rivalidad y los intereses de los aparatos pasan antes que la defensa de los trabajadores»* —*Rouge* del 20 de septiembre a propósito de la entrevista Seguy-Maire), es contribuir a desarmar los trabajadores para las luchas de mañana.

Claro que la unidad de los trabajadores en la lucha para hacer tragar al gobierno y al patronato su política y sus pretensiones sería en absoluto necesario. Pero quién no dice hoy, claramente a los trabajadores, que tienen que prepararse a la lucha con las centrales sindicales si éstas están dispuestas, sin ellas si no lo están, no cumple con su deber de revolucionario.

Y lo que decimos de la política de la LCR es también verdad de la políti-

ca de la OCI, a la diferencia que la OCI ya no se da la pena de tratar de justificar sus llamamientos a la unidad de las organizaciones reformistas mediante la necesidad de defender un cualquier programa reivindicativo.

PERSPECTIVAS Y COMBATIVIDAD

La última justificación de esos camaradas, es que la unidad entre las organizaciones reformistas permitiría abrir una «perspectiva» a la clase obrera. Como si, para los revolucionarios pudiesen existir perspectivas, o recetas para abrirlas, independientemente del nivel de combatividad y de conciencia de la clase obrera.

Los grandes partidos de la clase obrera nada tienen que ofrecer entre dos elecciones, las grandes centrales sindicales, entran en el juego del gobierno y de la burguesía dando deliberadamente la espalda a la necesaria movilización general de la clase obrera. No hay ninguna perspectiva en lo que se refiere al movimiento obrero organizado y reformista. Pero existe en la clase obrera una capacidad de reacción y de combatividad que hoy en día nadie puede medir.

Es con esa combatividad que los revolucionarios cuentan. No pueden suscitarla, es verdad, pero pueden y deben intervenir cuando se manifestará, necesariamente un día u otro. Los revolucionarios son minoritarios y cuando su clase, la clase obrera, sigue pasiva o partidaria de esperar los acontecimientos nada pueden, sino hacer propaganda y luchar contra la desmoralización. Pero cuando la clase obrera endereza de nuevo la

cabeza y entra en movimiento, entonces tienen el deber de intervenir muy rápidamente para que los trabajadores en lucha se den todos los medios para organizarse, para controlar y dirigir ellos mismos su lucha. Pero a los revolucionarios no les detiene ningún cálculo de intereses, ningún temor a perder los puestos y las situaciones que la burguesía concede a las burocracias sindicales y por las cuales las avasallan. Los revolucionarios nada tienen que temer de la clase obrera en movimiento, y de su control ; al contrario, militan por la participación la más profunda, la más activa y la más consciente de los trabajadores a su movimiento, y son los únicos en tal circunstancia en poder ir hasta el cabo de la combatividad obrera.

Una vez más, es imposible prever cuando se producirá la ascensión obrera, es precisamente el deber de los militantes revolucionarios de saberla discernir a tiempo e intervenir para impulsarla hasta el máximo de sus posibilidades. Y ese máximo no podrá ser alcanzado que si desde ahora, los militantes revolucionarios de empresa explican incansablemente la necesidad de actuar «todos juntos», la necesidad de una respuesta común a problemas que son, es evidente, comunes a toda la clase obrera ; y sobre todo si ponen en guardia desde ahora los trabajadores contra las inversiones y las traiciones de las grandes organizaciones reformistas, partidos y sindicatos, que tratarán de dirigir el movimiento sólo para desviarlo de su objetivo y permitir al patronato salirse al menor gasto. Por qué si las centrales sindicales hoy en día escogieron voluntariamente la inacción o más bien el desmenuzamiento de acciones más o menos simbólicas, mañana pueden en caso de despierte obrero volver a tomar un lenguaje ofensivo y tomar la dirección

de las luchas para hacerlas mejor fracasar o limitar los efectos, como por ejemplo en mayo del 68. También pueden, es verdad, ponerse franca-mente por en medio de las luchas, ya ha ocurrido en el pasado. Pero en todos los casos, los trabajadores deben saber que nunca les llevaran a una victoria consecuente. Sin duda alguna no es un lenguaje fácil a defender en un período donde la

mayoría de la clase obrera confía todavía en las organizaciones tradi-cionales, o por lo menos las escucha de más grado que no escucha a los revolucionarios, pero es el único lenguaje que prepara el futuro. Y en un período de ascensión, la clase obrera podrá ir al cabo de sus posibilidades, al separarse de las burocracias obreras.

LA INFLACIÓN, LA CRISIS ECONÓMICA Y LOS PLANES GUBERNAMENTALES : EL EJEMPLO DEL «PLAN BARRE» EN FRANCIA

Al instalarse a la cabeza del gobierno francés en septiembre de 1976, el primer ministro Raymond Barre afirmaba que su acción se colocaría bajo el signo de la «lucha contra la inflación».

Su plan de acción económica, el «plan Barre», tenía como objetivo asignado moderar la subida de los precios gracias a una política de austeridad. En todo caso la publicidad gubernamental se refirió durante meses a este punto.

Dos años después, el mismo gobierno no habla ya apenas de lucha contra la inflación. Lleva a cabo una política de libertad general de los precios y da él mismo el ejemplo procediendo a fuertes alzas de las tarifas públicas. Toda su actitud muestra que considera la inflación como un factor de hecho al cual hay que acomodarse.

¿Corresponde el cambio de tono gubernamental a un cambio de política ? En realidad, este cambio es más aparente que real. Aún en tiempo de los supuestos esfuerzos del gobierno Barre para «luchar contra la inflación» en 1977, la subida de los precios en Francia alcanzó el índice de nueve por ciento al año. En 1978, debería alcanzar alrededor del diez por ciento : los gobernantes son sin duda los prime-

ros en saber que sus discursos producen muy poco efecto sobre el índice de inflación.

Pero si cambio de política no hay, las contradicciones de los discursos oficiales reflejan bien las contradicciones de la política de los gobiernos de la burguesía frente a la inflación. En tanto que gerentes de los intereses del gran capital, el gobierno trata de combatirla o por lo menos limitarla. Ya que cuando la inflación se generaliza o alcanza índices muy elevados, es todo el comercio internacional que se desajusta, se vuelve imprevisible, sin hablar de las posibilidades aún más peligrosas de quiebra financiera.

Pero por otra parte, el gobierno no puede atacarse a las causas reales de la inflación. Porque hoy, es todo el sistema capitalista que engendra ésta. Y en tanto que gobierno de la burguesía él mismo contribuye de hecho en mantenerla. En las condiciones de la crisis económica, las medidas por las cuales la burguesía intenta restaurar sus ganancias son medidas inflacionistas. Combatir realmente esta inflación sería atacarse justamente, a estas ganancias.

Es por eso que la pretendida «lucha contra la inflación» que diferentes gobiernos pretenden llevar

a cabo adoptando políticas de austeridad, esconde mal su verdadera operación : restaurar el tipo de ganancia capitalista en detrimento notablemente de la clase obrera. La política del gobierno Barre, entre otras, lo muestra bien.

LA INFLACIÓN GENERALIZADA

Sin duda la inflación, como la crisis, es mundial y los gobiernos no son avaros en repetirlo para explicar su impotencia. Y en efecto es primero en el marco de esta inflación mundial, convertida en un mal generalizado de la economía capitalista, que es necesario situar la política gubernamental.

Las causas de conjunto de la inflación mundial son muy conocidas. Todos los gobiernos burgueses, sin excepción, se sirven de la manipulación monetaria para sostener sus capitalistas. Abriendo créditos a las empresas, asegurándoles importantes pedidos de Estado, cubren entonces el déficit del Estado por la simple emisión de papel moneda, ya directamente, ya por el intermedio de los bancos que, cuando abren créditos, no hacen sino ellos también fabricar moneda a partir de nada.

Esta creación desenfrenada de moneda sólo puede desembocar a un momento o a otro, en una desconfianza generalizada en la moneda, y en una depreciación permanente de ésta, es decir en la inflación. Esto es lo que pasa desde hace años, con una aceleración notable desde la generalización de la «crisis monetaria».

Si los gobiernos pueden en el plan nacional más o menos intervenir sobre la masa monetaria en circulación, en el plan internacional se encuentran sin medio alguno.

Pues bien, es esencialmente a esta escala que se desarrollan hoy las especulaciones monetarias.

Pues, si todos los Estados han inundado el mercado con su moneda, esto es particularmente cierto en el caso del más poderoso de entre ellos : el de U. S. A. Que es además el único en poder hacerlo sin inconveniente notable. Pues su moneda, el dólar, habiéndose convertido prácticamente en la única de pago internacional, U. S. A. dispone así del privilegio de poder pagar sus compras en el mercado mundial, y cubrir el déficit de su balanza de pagos, mediante la simple emisión de moneda. Para todo Estado, una tal política implica a un momento u otro el riesgo de una depreciación catastrófica de la moneda, y por eso no pueden recurrir a esto más que dentro de ciertos límites. Pero U. S. A. , en cuanto a lo que le concierne, tiene un margen de maniobra mucho más grande que sus competidores. El hecho de que el dólar sea la moneda de pago internacional, y el hecho de que sus propias reservas sean frecuentemente riquezas... en dólares, han forzado a todos los gobiernos a participar en la defensa del dólar y a limitar su baja, bajo pena de ver hundirse la economía mundial y en particular la de cada uno de ellos.

En todo caso, el mercado monetario, los cofres de los bancos, están ahora atestados con dólares, cuyos poseedores esperan simplemente que no se depreciarán demasiado o bien tratan, para cubrirse o simplemente para especular, cambiarlos contra monedas reputadas más fuertes, como el marco alemán o el franco suizo. De esto resultan movimientos especulativos incesantes que pueden de manera imprevisible atacarse a tal o cual moneda. Pues

ningún Estado controla esta masa monetaria.

LOS «CAMBIOS FLOTANTES» Y EL EQUILIBRIO DEL COMERCIO EXTERIOR

La especulación monetaria ha desembocado hoy en la generalización de «cambios flotantes». Los gobiernos han renunciado a garantizar una paridad fija de sus monedas y, a capricho de los movimientos especulativos, cada moneda ve su curso subir un día para caer aún más a la mañana siguiente. Basta con poca cosa para que la especulación se desencadene contra una moneda; es suficiente para ello que por cualquier razón los detentores de esta moneda teman una próxima depreciación: una subida de precios un poco elevada en el país, un déficit de la balanza de pagos, el anuncio de un importante déficit del presupuesto, pueden desencadenar el temor de la baja... y la especulación contra esa moneda, los detentores de ésta intentando desprenderse rápidamente de la misma. Sólo queda entonces al gobierno del país, si quiere impedir que su moneda baje demasiado, la intervención en el mercado de cambios. Su banco central, en efecto, puede intentar defender el valor de su moneda vendiendo sus reservas de divisas, generalmente y principalmente sus reservas en dólares. Pero esta defensa es lo más a menudo vana.

Sin duda para la burguesía del país concernido, la baja de la moneda no presenta solamente inconvenientes. Hasta el punto que la devaluación o, ahora en el sistema de «cambios flotantes», la simple baja de la moneda, son armas para intentar tomar una ventaja comercial sobre la competencia. Los diferentes

paises capitalistas no han dudado en utilizarla estos últimos años. En efecto, si por ejemplo el franco baja, las mercancías francesas inmediatamente bajan de precio en los mercados extranjeros en la moneda del país, y pueden por eso tener ventaja sobre las mercancías competidoras.

Pero el problema en primer lugar es que si las exportaciones progresan así, reciprocamente la baja del franco por ejemplo hace que las mercancías importadas cuesten más caras en francos, lo que provoca una subida de precios en todas las mercancías fabricadas con productos importados, finalmente pues una subida de todos los precios interiores.

Finalmente la ventaja tomada sobre los mercados extranjeros puede revelarse perfectamente efímera. En cambio, a causa de la baja de la moneda, las importaciones cuestan más caras al país, y si en contrapartida las exportaciones no progresan de manera importante, el déficit del comercio exterior puede acrecentarse, y con él el endeudamiento del país.

Por eso mismo, su moneda puede bajar de nuevo, y la crisis ampliarse así en espiral, amenazando al país con la quiebra.

El único país que puede jugar este juego sin demasiado riesgo es U. S. A. por la simple razón de que el déficit de su comercio exterior está pagado... en dólares que ellos mismos fabrican. Pero los demás países, que pagan sus compras exteriores en dólares, corren el riesgo de ver vaciarse sus reservas, no pudiendo ser en la guerra de las monedas sino perdedores.

Los gobiernos de los países industrializados, y en particular aquellos de los países occidentales, protestan regularmente contra esta

política de U. S. A., y se inquietan a cada presupuesto norteamericano, de la importancia del déficit previsto por el gobierno de Estados Unidos. Incluso se les ve periodicamente intentar prescindir del dólar poniendo en pie por ejemplo, un proyecto de moneda europea que hasta el presente se ha revelado vano y tiene todas las posibilidades de continuar siendolo. Pero de hecho no tienen otra opción en el marco del capitalismo, que de sufrir la ley del más potente de entre ellos : U. S. A. La «ley del dólar» no traduce otra cosa : en el contexto de la crisis económica generalizada el gobierno de Estados Unidos tiene la posibilidad de hacer soportar a sus aliados y concurrentes una parte de los gastos de sus propia crisis. Es lo que hace sosteniendo su economía mediante una inflación de la que sus asociados pagan los gastos, al mismo tiempo que intenta permitir a los industriales norteamericanos consolidar o conquistar posiciones dominantes en los principales mercados.

LOS OBJETIVOS DE LA AUSTERIDAD

De esta manera es toda la situación económica mundial que acrecienta la dependencia y la impotencia de los gobiernos frente a la inflación.

Forzados a sufrir además de su propia crisis, la crisis de su potente «aliado», no queda a los gobiernos de los países industrializados otro remedio que el de navegar a la vista, como puedan, en el contexto de la crisis económica y de la «ley del dólar», intentando evitar la bancarrota en los pagos exteriores. Y su reacción ha sido con frecuencia, la adopción de una política de austeridad. Este ha sido el caso, entre

otros del gobierno francés de Raymond Barre.

¿Cuál era el objetivo de esta política de austeridad ?

Según el mismo gobierno, se trataba de limitar la subida de precios, pues, decía Raymond Barre presentando su plan, «*la continuación de una inflación rápida provocaría ineluctablemente un déficit creciente de los intercambios exteriores*».

Era decir muy netamente el objetivo del gobierno en su «lucha contra la inflación» : evitar un desequilibrio del comercio exterior, y una depreciación acelerada de la moneda que se alimentan la una a la otra y desembocan finalmente en una situación de encadenamiento perjudicable a la burguesía francesa. Era necesario limitar la inflación para evitar arrastrar a la burguesía a una catástrofe financiera.

Pero Barre definía al mismo tiempo los medios que contaba utilizar para limitar la inflación. Veía en efecto, la causa principal de la inflación francesa en lo que nombraba «*la aumentación demasiado rápida de los costes*». Esta era debida según él a dos razones : la primera era la subida de precios de materias primas importadas. La segunda era la progresión demasiada rápida para su gusto de las remuneraciones.

Sobre el primer punto, el gobierno Barre contaba actuar mediante la reducción de las importaciones de materias primas. Y entre éstas, como todos los gobiernos de los países industrializados, puso el acento sobre el consumo, excesivo según él, de petróleo. Pues de todas las materias primas importadas, el petróleo es prácticamente la única que, más o menos directamente, sirve para el consumo popular, y del que se puede pues, limitar la importación haciendo presión, no

sobre los industriales sino sobre las masas populares.

Sobre el segundo punto, la «*progresión demasiada rápida de las remuneraciones*», el gobierno Barre contaba actuar impidiendo que la subida de salarios fuera más fuerte que la subida oficial de precios.

En los dos casos, si el objetivo oficial era de reducir la inflación en el interés de toda la población, el principal objetivo trazado era reducir el déficit del comercio exterior actuando sobre el único factor que el gobierno pensaba tocar: es decir reduciendo, no las importaciones superfluas, sino el consumo de las masas populares.

En un mundo presa de la inflación, el poder de adquisición de las masas laboriosas era de esta manera designado como el enemigo a combatir, no porque Barre viera en ella la causa real de la inflación, pero porque era el único factor sobre el que contaba actuar para mantener el equilibrio financiero del país sin tocar a las ganancias de la burguesía. Y es un hecho que el plan Barre ha reducido el consumo de las masas populares, a la vez moderando la subida de salarios y favoreciendo la subida de ciertos precios, notablemente aquellos de los productos petroleros. Pero en esta tarea, Barre ha sido ayudado poderosamente por la crisis misma.

En efecto, la extensión del paro por ejemplo, pesa evidentemente sobre el nivel general de los salarios, pero además reduce directamente el nivel de vida de toda una parte de la clase obrera, que no dispone más como único recurso de los subsidios de paro o de la ayuda de los allegados que todavía tienen empleo. El consumo global de los trabajadores es así reducido de manera importante.

En cuanto a combatir realmente

la inflación, era y continua a ser un asunto muy distinto. Porque ésta conserva en realidad todas sus razones para existir y continuar.

La continuación de la subida de los precios por una parte, no es sino la repercusión sobre los precios interiores de los efectos de la inflación mundial. La burguesía no hace más que repercutir sobre los precios de venta la subida de los precios de las materias primas importadas. Pero además, el plan Barre mismo asignaba otro objetivo: aumentar la ganancia de las empresas para «*acrecentar su capacidad en invertir*», sino, declaraba Barre, el empleo hubiera sido gravemente amenazado.

Se sabe que las dichas inversiones sólo han tenido como consecuencia, en la mayoría de los casos, la supresión de empleos. Pero el objetivo era en todo caso claramente indicado: acrecentar la parte de la ganancia y disminuir la parte de los salarios.

Por último, la crisis en sí misma contribuye directamente a la subida de los precios. La reducción del consumo popular genera una baja de la producción de las empresas. Y entonces es con una cantidad menos importante de productos fabricados que éstas amortiguan sus gastos generales incompresibles. Aquí también, en el aumento de los precios, los consumidores de estos productos pagan los gastos del mantenimiento del tipo de la tasa de ganancia de las empresas.

Así, es por el medio de la inflación que se produce, en el marco de la crisis, una transferencia general de las rentas, pagando las clases laboriosas por medio de la disminución de sus rentas reales los gastos del mantenimiento del tipo de ganancia del gran capital. Añadamos que como siempre la política de

subvención directa del Estado al gran patronato conduce a lo mismo. Ya que si el Estado concede a los grandes capitalistas sus generosidades, a base de miles de millones de subvención destinados a permitirles invertir o modernizarse para afrontar la competencia o simplemente para enjugar sus deudas, dispone de dos medios de financiación paralelos ; ya el financiamiento por el impuesto que constituye esencialmente un prelevo sobre las masas populares, ya el financiamiento por un déficit del presupuesto, es decir finalmente por la inflación, ya el financiamiento por ambas operaciones reunidas que de todas maneras son una deducción sobre las masas populares.

Así, la «lucha contra la subida de los precios» a la cual llama la burguesía en crisis, esconde muy mal su verdadero objetivo : mantener a costa de una reducción del nivel de vida de la población, las ganancias del gran capital con la continuación, entre otras consecuencias, de la subida de los precios y de la inflación.

LOS LÍMITES DEL MERCADO CAPITALISTA

Pero esta política de la burguesía y de los gobiernos tropieza con límites muy precisos que resultan de la crisis misma. La inflación y las diversas deducciones sobre la renta de las masas populares contribuyen a mantener el débil nivel de consumo de aquellas, y finalmente el débil nivel de los negocios en general, o sea el paro y el subconsumo. La inflación y la crisis se sustentan así la una a la otra.

Existe, claro está, una solución que los representantes de la burguesía indican lisa y llanamente : la exportación. Puesto que la crisis limita cada vez más el mercado

interior, los capitalistas deben ir a la conquista de los mercados exteriores.

Además, para tener algunas posibilidades de prevalecer sobre sus competidores, deben reducir sus precios de coste racionalizando sus empresas, es decir licenciando trabajadores, a la vez que aumentan el grado de explotación de los que quedan, aún hasta vender con perdida en los mercados exteriores, a reserva de recuperarse en el mercado interior.

Así, *«el esfuerzo hacia la exportación»* que pide tan fuertemente el gobierno, contribuye también a su manera a deprimir el mercado interior... y a aumentar, para la burguesía, la necesidad de encontrar mercados para la exportación de sus productos.

El único problema es evidentemente que en los mercados exteriores la burguesía se enfrenta a competidores que tienen la misma ansiedad que ella —y por las mismas razones— en encontrar mercados, y que además compiten con ella también en sus propios mercados interiores. Sería tentador evidentemente, en contrapartida, volver al proteccionismo. Sin embargo grande sería entonces el riesgo de afrontarse con medidas de retorsión del mismo tipo que limitarían entonces las posibilidades de recurrir a la exportación.

Con respecto a esto, el gobierno Barre se vanagloria de los resultados logrados y, en particular, de haber restablecido el equilibrio de la balanza de pagos. En realidad, si este reequilibrado procede en parte de la progresión de las exportaciones, procede sobre todo de la debilidad de las importaciones, ella misma debida a la baja coyuntura y a la escasez del consumo interior. Por último, este reequilibrado es frágil :

en particular, está a la merced de una nueva baja del franco, que aumentaría el precio de las importaciones sin que la renta de las exportaciones pueda necesariamente progresar en las mismas proporciones. Ahora bien, la continuación de la inflación interior hace ineluctable, a un momento u otro, el reajuste del valor de la moneda con relación a la de los países donde la inflación es menos fuerte.

Así, es de todo un nudo de contradicciones del que la burguesía francesa como además sus congéneres de los países imperialistas intenta salirse. Las medidas tomadas para mantener el tipo de ganancia aceleran la inflación. Sin embargo, es precisamente esta inflación que produce el desorden monetario, la crisis económica, y que hace frágil toda conquista de salidas en los mercados exteriores. En definitiva, en los mercados de exportación como en el mercado interior, la burguesía se enfrenta con un mercado que se ha hecho demasiado estrecho para las fuerzas productivas.

Todos los artificios a los cuales recurre para paliar este hecho no logran ya ocultar esta profunda y grave crisis de salidas, a la que se afronta de todos lados en sus tentativas para mantener el tipo de ganancia de los capitalistas.

LOS «QUE BATEN DEL ALA»

Por lo tanto, es inevitable que un cierto número de capitalistas, aquellos que tienen las peores posiciones en la competencia, sean sacrificados. Es lo que ha declarado abiertamente el gobierno francés, al afirmar que era necesario eliminar los «que batan del ala» en la economía francesa. El cierre de estas fábricas no hace sino acrecentar aún más el

paro, mientras que los capitales sirven a la restructuración de los competidores en mejor situación. De manera muy clásica, la crisis es entonces la ocasión de la concentración del capital.

Sin embargo, en este marco, el gobierno francés ha tomado medidas de «liberación de los precios» que parecen ir en el sentido contrario. En efecto, ha decidido poner un término a la práctica de la «libertad vigilada» de los precios seguida en Francia desde más de treinta años, y que ponía muchísimos precios bajo el control gubernamental, ya se tratase de precios industriales o agrícolas, o ya de precios al por menor, como el precio del pan. Ha declarado que los precios tendrían en adelante un régimen de libertad completa, siendo entonces la competencia el único regulador.

Estas medidas de «liberación de los precios» no solamente conciernen, ni mucho menos, la grande industria. Es evidente que el gobierno, al abrir las válvulas de los precios, obedece a motivos políticos y trata dar satisfacción a una pequeña burguesía preocupada por la situación económica y el bajo nivel de los negocios ; Barre permite a esta recobrarse, o intentar hacerlo, aumentando sus márgenes. Barre da de esta manera a la pequeña burguesía la posibilidad de poner en pie una verdadera escala móvil para preservar sus rentas contra la inflación. Trata así atraerse una clase social que constituye lo esencial de su electorado.

Sin embargo esto regalo está en realidad envenenado. Porque no basta, para las pequeñas y medianas empresas que venden en el mercado interior, aumentar sus precios para vender. Al contrario aun, esta medida amenaza obrar todavía un poco

más en el mismo sentido : reduciendo un poco más todavía el poder adquisitivo de las clases laboriosas, reducirá de nuevo el consumo interior. Esto pone un límite preciso al sostenimiento de las rentas de la pequeña burguesía. Este último pasa, él también, por la eliminación, en su seno, de las más débiles empresas que trabajan al límite de la rentabilidad. De esta manera, esta liberación de los precios sólo podría presagiar una exacerbación de la competencia y finalmente la aceleración de la ruina para una parte de la pequeña burguesía. Toda una fracción de ésta puede así hacer el gasto ella también, a fin de cuentas, de la inflación, y a través ella de la restructuración y de la concentración del capital en las condiciones de la crisis.

pagar a las clases trabajadoras el mantenimiento del tipo de ganancia y los «esfuerzos hacia la exportación», privilegiar en el seno de la propia burguesía la grande industria exportadora. Pero es justamente esta política que causa, lo quiera o no, la continuación de la inflación con todos los inconvenientes que implica, justamente, para la grande industria exportadora, entorpecida por el desorden monetario. No le queda más al gobierno entonces, que la solución de intentar evitar estos inconvenientes, intentando solamente evitar una depreciación excesiva de la moneda, peligrosa en el marco exterior.

El objetivo del gobierno es tratar de permitir a la grande industria francesa de subsistir lo mejor posible, en el contexto de la crisis internacional y de la competencia exacerbada. El balance de la austeridad, el éxito o el fracaso de los planes del gobierno en estas condiciones, no se miden al éxito o no de su «lucha contra el alza de los precios» ; se miden a los más o menos buenos resultados de las industrias exportadoras en los mercados exteriores por una parte, a la capacidad del gobierno en hacer aceptar a la clase obrera los gastos de su política de austeridad, por otra parte. Tales son las dos verdaderas incógnitas ; es verdad que son de importancia.

EL BALANCE DE LA AUSTERIDAD

Así, dos años después del lanzamiento de su plan, llamado «*plan de lucha contra la inflación*», el gobierno Barre reconoce casi abiertamente sus verdaderos objetivos : hacer

LA IV INTERNACIONAL : UNA INTERNACIONAL POR CONSTRUIR

Hace cuarenta años, Trotski fundaba la IV Internacional. Era en 1938, un año antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

El movimiento trotskista era débil, aislado, sin vínculos con la clase obrera en ese período de derrota y retroceso. Pero, cuando la tempestad iba a estallar, cuando millones de proletarios iban a ser convertidos en carne de cañón por la barbarie imperialista, era necesario que hombres, aunque sólo fueran algunos, siguiesen preservando el programa de la revolución proletaria a fin de que subsistiera la esperanza, a fin de que las luchas futuras pudieran reanudar con los combates pasados. Sólo el movimiento trotskista podía realizar esta tarea. Al fundar la IV Internacional, Trotski respondió a esta exigencia.

Claro cuarenta años más tarde, resulta fácil constatar que la IV Internacional ha fracasado. Nunca se ha convertido en un verdadero partido mundial de la revolución. No ha llevado la clase obrera a la victoria, ni siquiera ha dirigido una sola lucha revolucionaria del proletariado.

Finalmente, la IV Internacional nunca ha cumplido su misión. Estalló en pedazos desde el principio de la guerra. Las relaciones interna-

cionales rotas, ni siquiera Trotski antes de morir pudo impedir que ciertas organizaciones que la componían cedieran a las presiones nacionalistas y defendieran una política que no tenía ya nada que ver con el programa de la IV Internacional.

El Programa de Transición tampoco ha servido de guía a la ola revolucionaria que no ha tenido lugar. Ninguna organización ha dirigido ni siquiera luchas sobre la base de este programa.

Finalmente, la IV Internacional no ha logrado formar una dirección internacional digna de este nombre, susceptible de suceder a Trotski.

Sin embargo, nadie más, ninguna otra tendencia, tuvo éxito ahí donde la IV Internacional ha fracasado.

UN FRACASO RELATIVO

En realidad, en lo que concierne la creación de un partido revolucionario, se trata de un fracaso más profundo, más general que el de la sola IV Internacional.

La misma III Internacional, que, sin embargo había representado a sus principios la esperanza de millones de proletarios, no ha

logrado formar una generación de militantes capaces de enfrentarse con la degeneración, capaces de romper con el estalinismo para defender una política revolucionaria. Sólo una fracción del partido bolchevique reagrupada en torno a Trotski ha sido capaz de volver a empuñar la bandera antes de ser asesinados por Stalin.

La II Internacional había también por supuesto faltado a su deber al hundirse en el chauvinismo y la colaboración de clases durante la Primera Guerra Mundial. Pero por lo menos había despertado la conciencia de centenares de miles de obreros que ganarán después el campo de la Revolución rusa. La III Internacional atacada por el estalinismo, ha aniquilado por todo un período la conciencia política de la vanguardia obrera.

El fracaso de la IV Internacional es pues, también el fracaso del movimiento obrero entero que no ha logrado, desde varias decenias, dotarse de partidos revolucionarios, darse una dirección internacional para sus luchas.

No obstante, si la IV Internacional ha fracasado en tanto que partido mundial de la revolución, su balance no es sólo negativo, al contrario. Ya que es gracias a ella que el capital de las luchas pasadas ha podido transmitirse a las nuevas generaciones, preservando el porvenir. Y por limitada que fuese, esta tarea no era menos indispensable.

¿ERA NECESARIO PROCLAMAR LA IV INTERNACIONAL ?

Esto significa que Trotski tuvo razón al crear la IV Internacional, a pesar de que tuviera que hacerlo en las peores condiciones. En efecto, en 1938, la IV Internacional no tiene aún

ninguna existencia real ; no existe un solo partido trotskista un tanto implantado en la clase obrera, y los militantes que Trotski gana son en mayoría intelectuales al margen del movimiento obrero... Y sobre todo es un período de derrotas y de retroceso para el proletariado.

La proximidad de la guerra no dejaba otra posibilidad. Planteaba un problema urgente a los revolucionarios y a Trotski en particular : ¿cómo serían mantenidos, representados y defendidos los intereses del proletariado ?, en la tormenta de la guerra, cuando los socialdemócratas repetían su traición de 1914 en nombre de la defensa nacional, cuando la política de los estalinistas de la III Internacional quedaba enteramente sometida a los intereses de la burocracia soviética resumiéndose desde el pacto Laval-Stalin, y por el momento, a un pacifismo servil. Era indispensable denunciar las traiciones de los grandes partidos obreros y de reafirmar frente a ellos lo que era una política auténticamente proletaria y revolucionaria. Trotski sabía que el movimiento obrero sólo se podría volver a levantar verdaderamente, si el movimiento de masa, cuando se produjera, encontrase un programa a su medida. Los militantes trotskistas debían repetir en cierta manera el gesto cumplido en Zimmerwald y en Kienthal, por el puñado de revolucionarios que, en plena guerra mundial en 1915 y en 1916, habían ellos también levantado y enarbolado de nuevo la bandera del internacionalismo proletario por encima de los campos de batalla. Y tal era, de nuevo, la tarea del momento.

La guerra amenazaba engendrar, al igual que la Primera Guerra Mundial, nuevas revueltas de la clase obrera, una nueva ola revolucionaria. Todo se debía hacer para darle los

medios de vencer. Y es por eso que Trotsky quería a todo coste, incluso antes que la guerra haya realizado sus estragos, legar a todos los oprimidos, a todos los trabajadores, una «bandera sin mancha» a la cual juntarse y un programa de lucha, fruto de todas las luchas obreras pasadas.

Y además, frente a la tormenta, era indispensable imponer una disciplina a todas las organizaciones trotskistas a fin de que no oscilaran según los vientos y de que defendieran la misma política, aquella definida por la dirección de la Internacional, es decir por Trotsky. Este último necesitaba del cuadro formal de la Internacional, de un aparato centralizado para tratar de mantener en cintura las diferentes secciones de las cuales conocía muy bien la debilidad.

La IV Internacional ha nacido por la única voluntad de Trotsky. Su creación era en cierto modo artificial. Su programa era redactado en la perspectiva de una crisis revolucionaria que no existía, y era impuesto a organizaciones pequeño burguesas incapaces de aplicarlo. La creación de la IV Internacional era un acto arbitrario. Trotsky tenía más conciencia que nadie de esto. Pero era esto o nada.

En el seno mismo del movimiento trotskista, Trotsky tuvo que afrontarse a las objeciones de numerosos militantes opuestos a la proclamación sin más espera de la IV Internacional : la nueva Internacional contribuiría a acentuar la división del movimiento obrero ; su proclamación sería prematura, debido a su debilidad numérica y organizacional ; ¿acaso no sería una creación totalmente artificial y arbitraria ? ¿Sería acaso posible crear una internacional fuera de todo gran acontecimiento obrero ? etc.

Objeciones que revelaban hasta qué punto los que las emitían, eran incapaces no solamente de la visión política de Trotsky, sino de solamente comprender sus motivos. La creación de la IV Internacional era indispensable para preservar el futuro. La creación de una organización internacional con una disciplina artificialmente impuesta —cuando vínculos de confianza no existían excepto para con Trotsky mismo— suscitaba sin embargo también reticencias de las cuales algunas no estaban desprovistas de fundamento. Ciertos militantes temían que en la dirección de la Internacional, al lado de Trotsky, estuvieran los dirigentes de las diferentes organizaciones trotskistas, de por si ya poco capaces de cumplir su tarea en su propio país y sin calificación para dirigir la Internacional.

Pero también eran numerosos los que se oponían a la fundación de la IV Internacional, reticentes frente a toda disciplina y a todo control, incluso de parte de Trotsky.

En efecto, era una cosa reivindicarse de Trotsky, pero era otra aceptar que les dictara la tarea que cumplir ahora y luego en el marco de una nueva Internacional.

En realidad, para comprender la voluntad inquebrantable de Trotsky de crear en las peores condiciones la IV Internacional, se debía ser capaz de comprender las tareas del período histórico. Y esto, muy pocos lo eran capaces aparte Trotsky mismo. Y es por eso además que la IV Internacional no le sobrevivió. Nadie tenía su competencia y su autoridad.

INTELECTUALES SEPARADOS DEL MOVIMIENTO OBRERO

El núcleo de militantes, intelectuales en su mayoría, que se agruparon en torno a Trotsky para proclamar

la IV Internacional, estaban separados del proletariado y de sus fuerzas vivas.

En los años veinte, cuando la gran masa de los trabajadores dudaban aún en abandonar los Partidos socialistas para agruparse en los Partidos comunistas, el alcance de las críticas que Trotski formulaba con respecto a Stalin, no era comprendido. Pocos trabajadores se interesaban a estas críticas, considerando que se trataba ahí de polémicas internas a U. R. S. S., de importancia secundaria. Sólo una minoría de brillantes intelectuales y algunos obreros muy politicizados como Cannon o Rosmer fueron ganados a las ideas de Trotski.

Estos hombres inteligentes y valientes que aceptaron ir a contra corriente, no tenían, al igual que todos los militantes de su generación excepto los bolcheviques, tradiciones realmente comunistas ni experiencias de lucha revolucionaria. Se habían formado a la escuela de la social democracia o del sindicalismo revolucionario y éstas no eran buenas escuelas. Eran hombres «valientes a los que no gustaba ir en el sentido de la corriente» como decía Trotski quién añadía : «Se trata siempre más o menos de outsiders, apartados de la corriente general del movimiento obrero. Su gran valor, evidentemente tiene su aspecto negativo, ya que él que nada contra la corriente no puede estar vinculado a las masas». No eran, por supuesto responsables de tal estado de cosas. Pero en las condiciones de la época, a causa de la separación entre las ideas revolucionarias y el movimiento obrero, todas estas debilidades de aquellos que se unieron al combate de Trotski, tomaron una importancia dramática.

Trotski tenía por tarea transmitir su

experiencia y sus tradiciones populares a estos puñados de intelectuales organizados en pequeñas sectas sin vínculos con las masas. Formar verdaderos militantes bolcheviques en estas condiciones tan artificiales era imposible. Tanto más que Trotski estaba solo para cumplir esta difícil tarea, ya que Stalin se había abstenido de expulsar los demás miembros de la Oposición de Izquierda : ha preferido encarcelarlos y asesinarlos después.

El medio de intelectuales pequeño burgueses del cual las organizaciones trotskistas estaban impregnadas de hecho, fue muchas veces más fuerte que la influencia de Trotski. Por medio de sus escritos, por medio de sus cartas a los principales militantes, trató de convencerles, armado de su única fuerza de persuasión y de su prestigioso pasado. Les pidió que dejaran de lado sus costumbres individualistas, su «carrerismo» profesional, sus pretensiones personales, a favor del interés general del movimiento obrero, el cual necesitaba la creación de partidos obreros implantados en la clase obrera.

He aquí en particular, lo que escribía a Maurice Paz que se negaba a lanzar en Francia un semanario trotskista bajo pretexto que estaba demasiado ocupado por su despacho de abogado : «¿Cree usted que se puede dirigir el movimiento de paso, como algo secundario ? ¿Cree usted que se puede satisfacer a esta tarea consagrándole los restos de tiempo que deja un despacho de abogado muy ocupado ?» Es Naville quien finalmente aceptará publicar *La Vérité*.

Trotski luchó para obligar esos hombres «inteligentes que tienen mal carácter, siempre indisciplinados» a trabajar juntos. Tuvo tanto más dificultades en conseguirlo que

las calumnias, las provocaciones y los asesinatos perpetrados por los agentes de la Guepeu que llegaron a infiltrarse en las organizaciones trotskistas, hicieron reinar un clima de desconfianza y suspición continua en el seno mismo del movimiento.

Estos militantes propagaron en el plan político y organizacional costumbres del medio pequeño burgués del cual estaban impregnados. No supieron transformar las organizaciones en grupos vinculados al proletariado, capaces de resistir tanto a las presiones del medio pequeño burgués como a las del oportunismo reformista o sindicalista. Capaces en suma, aun siendo débiles, de representar una alternativa política clara para el proletariado y un marco organizacional de cuadros revolucionarios para la vanguardia avanzada de la clase obrera.

Es muy difícil afirmar que, aunque hubieran llevado a bien esta tarea, la ocasión hubiera existido de poder construir partidos obreros revolucionarios y de dirigir luchas importantes del proletariado en un sentido revolucionario.

Pues esta separación, este aislamiento venía en realidad en gran parte, del nivel de conciencia del proletariado en sus luchas. En efecto lo que caracterizaba el periodo era un retroceso general del proletariado. En Alemania, la derrota sin combate de la clase obrera más organizada y más politizada dejaba huellas en todo el movimiento obrero. Luego, incluso durante la ascension revolucionaria en España, aún durante los poderosos movimientos de huelga que tuvieron lugar en Francia y en Estados Unidos en 1936 y 1937 el proletariado engañado, traicionado por sus dirigentes stalinianos, reformistas y anarquistas no se volveran hacia las ideas revolucionarias.

En realidad, el proletariado no tuvo

durante todo este período bastante de aquella voluntad revolucionaria que había manifestado en casi todas partes de Europa, después de la Revolución rusa para llevar su vanguardia, o por lo menos una parte de ésta, a romper con los partidos que se negaban a dirigirle hacia la toma del poder. Sólo en esas condiciones las organizaciones de la IV Internacional hubieran podido establecer un vínculo real con el proletariado.

Nos basta tener ideas justas para convencer de éstas a la mayoría de los trabajadores ; y el aislamiento de los revolucionarios, a la víspera de la Segunda Guerra Mundial, podría explicarse en si mismo por el retroceso general del movimiento obrero. «*Cuando el movimiento revolucionario declina de manera general, cuando una derrota sigue a otra derrota, cuando el fascismo se extiende sobre el mundo entero, cuando el marxismo oficial se encarna en la más formidable máquina a engañar los trabajadores, va de sí que los revolucionarios no pueden trabajar más que contra la corriente histórica general*». (Trotski - Abril de 1939).

Mas aunque no fuera que para preservar la experiencia legada por Leon Trotksi, sería necesario darse los medios políticos y organizacionales, a la vez que reanudar los vínculos con el movimiento obrero y aislarse de las presiones de los medios pequeño burgueses. Esto, ni siquiera lo han intentado las organizaciones de la IV Internacional.

En vez de servirse del programa para militar en el seno de la clase obrera, lo han utilizado para analizar y aun justificar lo que hacian otras fuerzas sociales.

Se pudo hablar así de «gobierno obrero y campesino» durante el período de 1944 a 1947 para reclamar un gobierno con sólo ministros del

P. C. y del P. S. tomando así fuera de su contexto una frase del Programa de Transición. Es también así que se utilizó el término de «Estado obrero», deformado por supuesto, a propósito de las Democracias populares, de China, de Cuba o de Argelia, como si el proceso histórico que había llevado a la clase obrera al poder en Rusia y que había hecho calificar a ésta por Trotski de «Estado obrero degenerado», tuviera una relación cualquiera con esos países en donde los trabajadores jamás han ejercido el poder.

Todas esas explicaciones pretendidamente elaboradas con la ayuda de las ideas de Trotski le volvían de hecho la espalda.

Las organizaciones procedentes de la IV Internacional no pudieron servir de marco a la formación de una organización de tipo bolchevique. Desmarcarse de los medios pequeño burgueses significaba al contrario romper con las costumbres organizacionales y las prácticas políticas de la mayoría de estas organizaciones.

UNA INTERNACIONAL POR CONSTRUIR

El programa legado por Trotski no ha bastado para proteger las organizaciones trotskistas de todos los errores políticos. Pero si ha constituido de todos modos un pretil mínimo. Al reclamarse de las fórmulas del Programa de Transición, incluso sin asimilar el contenido y deformando a veces el sentido, son de todas maneras las ideas de Trotski que esas organizaciones han propagado. Y si hoy en día, existen en la mayoría de los países del mundo una tendencia que se reclama de las

ideas de Trotski, es gracias a la fundación de la IV Internacional y a su programa.

Es gracias a esa bandera plantada por Trotski que el movimiento trotskista no ha sufrido el destino de muchas otras tendencias tan efímeras como inconsecuentes que pudieron aparecer. La tendencia trotskista es con mucho, la única tendencia revolucionaria reclamándose del internacionalismo proletario que no ha cesado de existir en numerosos países desde hace cuarenta años, que está aún hoy en día perfectamente viva y que atrae a nuevas generaciones de militantes.

Cuarenta años después de la creación de la IV Internacional, la tarea de los revolucionarios es aún de construir esta IV Internacional que nunca existió en tanto que partido mundial de la revolución.

De ese partido mundial de la revolución que es una internacional se continua cruelmente a carecer. Pues el proletariado no puede vencer a sus opresores sin que su vanguardia esté organizada en un partido revolucionario templado y aguerrido, teniendo una conciencia clara de las tareas a llevar a cabo, de los objetivos y medios para conseguirlo, sabiendo cada vez proponer una política justa a los trabajadores y concentrar su energía y su voluntad para hacer de él una fuerza eficaz que pueda marchar hacia la victoria.

Hoy mismo, cuando el capitalismo sumerge de nuevo el mundo en la crisis, cuando la burguesía ataca a la clase obrera y a toda la población laboriosa para hacerle pagar la crisis de su propio sistema, cuando los Partidos comunistas como socialistas se niegan a organizar la contraofensiva de los trabajadores, es urgente, es necesario construir, en todos los países, a la izquierda de los Partidos comunistas y socialis-

tas, verdaderos partidos obreros revolucionarios.

Esto depende por supuesto de la conciencia de la clase obrera misma, que debe escoger entre la resignación y la lucha.

El éxito no depende sólo de los revolucionarios. Pues para que exista una internacional digna de ese nombre, será necesario como mínimo que fracciones de la clase obrera se vuelvan de nuevo hacia las ideas revolucionarias. Será necesario que la clase obrera reanude su combate para echar abajo la vieja sociedad, y que segregue su contingente de militantes competentes y abnegados, en una palabra que una vanguardia se constituya en el curso de las luchas.

Pero los revolucionarios no pueden contentarse de esperar que las condiciones cambien. Tienen un papel que desempeñar, que por oscuro que sea no es menos vital. Pues tienen un capital que transmitir y de ellos depende que la vanguardia, cuando surgirá, se arme lo más rápidamente posible, asimilando las experiencias precedentes del movimiento obrero tan caramente pagadas. Que la clase obrera para reconstruir su organización no parte de cero, que pueda reemprender el combate al más alto nivel en que lo dejó durante el curso de su historia. Si, esto depende de la actividad que pueda llevar a cabo hoy en día, la minoría consciente de la necesidad de la revolución socialista.

Transmitir la experiencia, el capital legado por Leon Trotsky y la IV Internacional, es dar los medios de elevar las luchas de la clase obrera al nivel de las importantes perspectivas históricas que son las suyas. Es necesario para eso formar los cuadros y las organizaciones alrededor de las cuales pueda mañana agruparse una nueva vanguardia. Pero

también es necesario para que la experiencia programática de la IV Internacional pueda ser legada, que esté adaptada a las preocupaciones y a las luchas actuales de la clase obrera. No se puede contentarse con repetirlo como se haría con fórmulas abstractas. Hay que formar militantes que lo defiendan en el mismo seno de la clase obrera, que sepan dirigirse a ésta y hacerse escuchar de ésta. Hay que procurar que la tendencia revolucionaria, exista permanentemente como tendencia en el seno del movimiento obrero. Es posible para la minoría revolucionaria que hoy existe, a condición de que se dirija con prioridad a los trabajadores y no a los medios intelectuales y pequeño burgueses entre los cuales, es más fácil implantarse, pero de cuyas presiones es indispensable franquearse para que la herencia transmitida sea verdaderamente la del proletariado revolucionario.

Reimplantar las ideas revolucionarias en el movimiento obrero, tal es el objetivo que hoy pueden darse los revolucionarios. No pueden fabricar la pólvora que hará estallar la sociedad capitalista, pero pueden ser la llama que la alumbrará. Entretener y transmitir esta llama, tal es su tarea histórica.

La revolución socialista sigue siendo la única esperanza para toda la humanidad. El proletariado llevará a cabo, sin duda alguna, otros asaltos contra el viejo mundo, hecho de opresión, de explotación, de sufrimiento y de miseria.

Entonces no hay otra tarea más importante y más urgente que proseguir el combate de Trotsky. Éste puso las primeras piedras de un futuro partido que quedaba por construir.

¡A nuestra generación de darle vida !

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor : Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P. 233
75865 Paris Cedex 18

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE: *Ordinary*: FF 50 *Closedmail*: FF 75

ABROAD:

-By train or boat, all countries:

Ordinary: FF 50 *Closedmail*: FF 100

-By air:

Ordinary:

Europe and DOM: FF 60

North Africa and

Middle East: FF 65

TOM, America, Africa,

ex-Indochina: FF 70

Oceania, Asia: FF 80

Closed mail, for all countries:

Apply to us to have the tariffs.